3 1761 08831838 1

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/poemasda00dazm

102

LS
D5427P

SALVADOR DIAZ MIRON

POEMAS

Prologados por Rafael López.

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

Carbón de Saturnino Herrán.

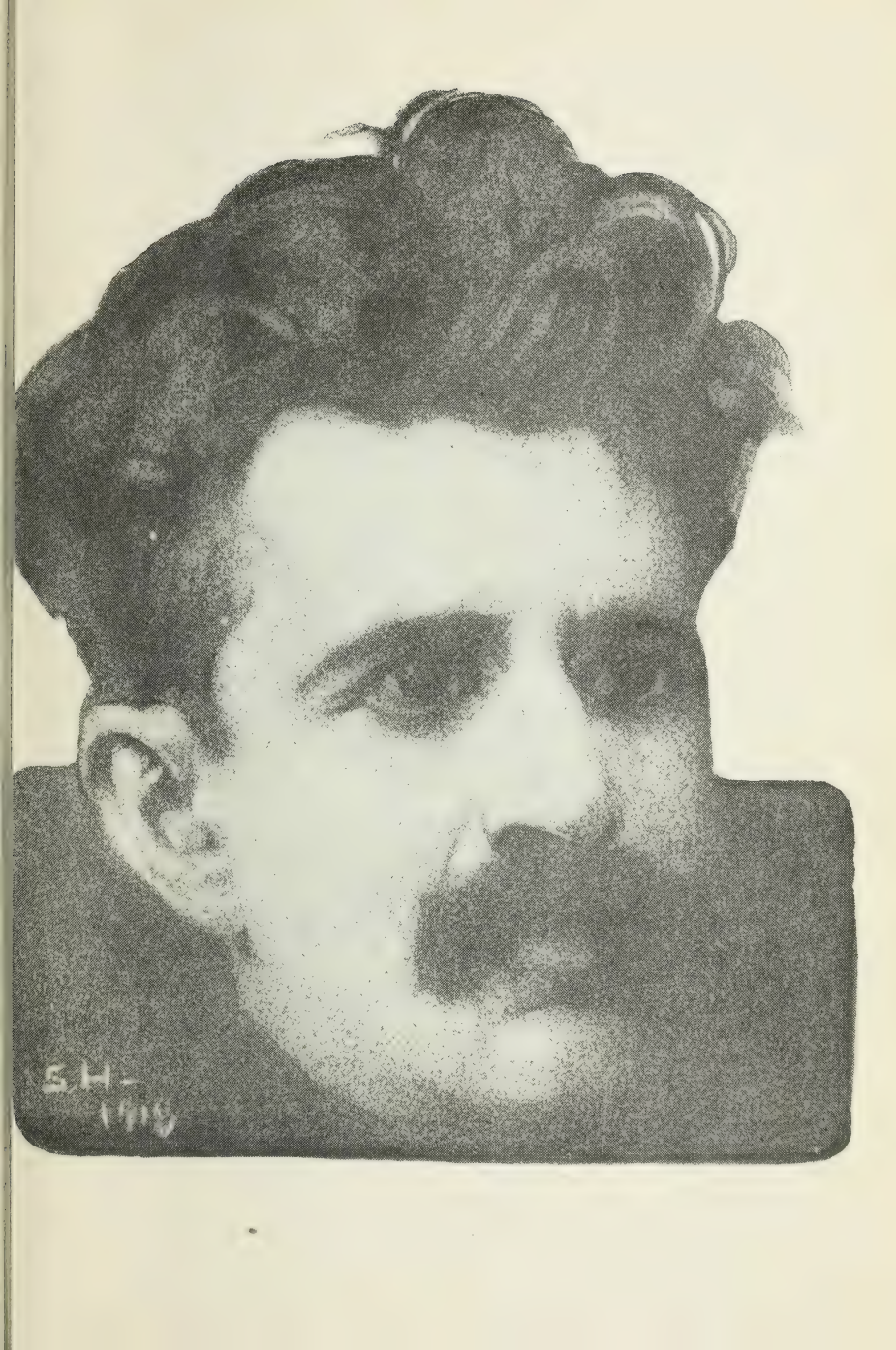
412191
15.5.43

CULTURA
TOMO VIII. NUM. 3
1918

15 de Julio de 1918.

TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre, 54.

MÉXICO.


S.H-
1919

SILUETA.

Fué en los días buenos de la creyente juventud, hace ya más de dos lustros, cuando conocí a Díaz Mirón. Jesús Valenzuela, el poeta de las manos espléndidas, sostenía la «Revista Moderna» con refinamientos de sapiente libertino y pasión de amante juvenil, como un gran señor a la querida predilecta. Por eso, cuando por aquel tiempo, como dicen los Evangelios, la fortuna lo favoreció con un premio de la lotería madrileña, Valenzuela pensó gastarlo egregiamente por amor a su revista, en una fiesta de altos decires donde sonasen las voces máximas de los primates en homenaje a los dioses.

A la sazón las liras del universo se encresponaban por la muerte de Ibsen a la que sucedió a poco la de Carducci. Los cielos de Italia velaban sus pupilas azules sobre el silencio definitivo de su excelso poeta y los fjords lloraban con sus ojos de cristal la partida sin retorno de Solness el Constructor. Aquí se sabía que Díaz Mirón había escrito una oda a Ibsen y otra a Carducci, y el Director de la revista creyó fácil hacer venir al poeta veracruzano para el homenaje que preparaba a los dos muertos ilustres. Y así partí con Emilio Valenzuela una mañana pródiga de esperanzas rumbo al «puerto bullente», con el bolsillo bien repleto de oro castizo— el oro de la lotería. Ibamos a invitar al solitario poeta para que viniese a México y recitase sus célebres odas en la proyectada fiesta. Vanas ilusiones. Los versos mironianos siempre vivieron lejos de la plaza pública y del ruido de las gloriolas, y las augustas sombras de Carducci e Ibsen fueron impotentes para violar su orgulloso aislamiento.

Hasta mi provincia había llegado un reflejo de la leyenda tras la cual se idealizaba soberanamente la figura de Díaz Mirón. Aquí en México, el reflejo se convertía en resplandor que molestaba la vista para contemplar esa figura en sus proporciones exactas. Anécdotas e historietas de carácter heroico y caballeresco, rodaban de boca en boca cincelando un hombre pleno de valor y firmeza, de crueldad e hidalguía, de violencia y audacia, todo capa y espada. LASCAS, ya publicadas, habían popularizado el retrato de Díaz Mirón, la rizada melena encuadrando un perfil voluntarioso y altanero; el ojo audaz y de mirada resuelta abierto por una cólera contenida y ennegrecido por una latente provocación pronta a estallar; la frente dominante y luminosa como una torre de cristal encendida por dentro. En suma, un hombre que por todos lados respondía a las líneas armónicas y viriles de su obra. Las protestas y las rebeldías talladas a cincel en el pentélico de sus canteras, no eran sino una resonancia de su vida inquieta y pendenciera, de la condición de su carácter tan susceptible al agravio; un temblor de las iras listas a encenderse en su pecho, acostumbrado a los ejercicios violentos y a los reposos divinos; a respirar el asesinato entre las olas del mar en tumulto, y a descansar sobre la playa en el corazón de una sirena.

La leyenda se magnificaba al acercarme a la tierra del poeta, buena nodriza para los grandes pensamientos y las hazañas bravías. El tren rodaba por una región paradisíaca, en que el aire parecía de vidrio por la crudeza de la luz. El olor de las gardenias y de las rosaledas innúmeras perfumaba a distancia, como los senderos que llevan a las islas de la canela en el país de Ceylán. Las hojas de los plátanos hacían girar sus verdes parasoles multiplicados a lo lejos como un océano de esmeralda; los sueños en flor se tendían instintivamente a ceñirse los botones preclaros del amor suspensos del naranjo nupcial. Tierra de ensueño, de ilusión, de bravura, de poesía, de amor, en cuyas cumbres anida el águila de vuelo imperial y en cuyas florestas suelta el

ruiseñor su canto perlero. Digna cuna del eximio poeta en cuyas manos depositaron los dioses benignos el secreto del viejo centauro. El Pico de Orizaba resplandecía como un pensamiento glorioso sobre el valle profundo; su punta lanzeaba atrevidamente el azul en el que parecía incrustar un rizo de espuma congelado en un mar inmóvil. Era el airón sobre el penacho y la pluma en la cimera de este paladín de vida briosa y armoniosa cuya autobiografía se desarrolla olímpicamente al margen de sus versos perfectos.

No lo encontré en Veracruz; ya había regresado a Jalapa; mas en el puerto, el mar repetía su leyenda con el fragor de su oleaje. Soplaba un norte con furia y esa leyenda fragmentaria me lo hacía aparecer años atrás, muy joven aún, hábil nadador como el Byron que admiraba, cortando los espejos marinos con sabidurías de delfín, o arrojando desde la playa botellas que rompía a balazos cuando surgían como floripondios de vidrio sobre las crestas de las olas; bien desatando a tiros el nudo gordiano de una discusión cualquiera en la terraza de algún hotel, donde no era raro que a seguidas del zafarrancho quedase un muerto pregonero – si no de la razón, de la puntería inexorable del vencedor.

Por fin lo ví en Jalapa. Su juventud, a punto de la suprema despedida, luchaba esforzadamente con la cincuentena en la llama siempre voluntaria del ojo retador, en el cabello obscuro y a pesar de una que otra cana, de color más persuasivo que el mostacho de una negrura implacable, en los movimientos ágiles y felinos de la gallarda persona. Una mascada negra se enrollaba en su mano izquierda ya baldía por un balazo en una riña de tantas.

Su biblioteca de Jalapa se compondría de unos dos mil volúmenes colocados en una tosca estantería que daba vuelta a las paredes de un cuarto mediano. En ella estaba representada la cultura humana por obras maestras de la literatura universal, des-

de la Ilíada hasta los Poemas Saturnianos de Verlaine. Díaz Mirón posee todas las curiosidades del espíritu junto a un sentimiento de la belleza revelado plásticamente desde su obra primigenia. No es sólo el poeta que expresa en rimas impecables los aspectos del paisaje y la sacudida de las pasiones. Sé que en la Habana, se gana actualmente el sustento dando lecciones de Geometría y de Gramática en un colegio, a semejanza de los retóricos de Atenas que entretenían su ostracismo enseñando la Filosofía en las islas de la antigua luz.

Y su conversación, viva y rápida como la luz, desfloraba asuntos científicos, problemas históricos y sociales, formas diversas de arte y de belleza, interpretadas con un sentido superior. El carácter impulsivo del poeta, lo hizo pasar largos años en las prisiones y esta reclusión forzada no es ajena seguramente a su variada cultura y al repujamiento de su verso, llevado por él a desesperantes purezas. Hubiera necesitado como Benvenuto una bendición papal que lo librara de toda culpa en gracia de sus eximias custodias. El gobierno de Jalapa le compró la edición de LASCAS en veinte mil pesos, suma que recuerda la esplendidez del Renacimiento y las magnificencias pontificales protectoras de las artes y de las ciencias; pero la generosidad no fué a más y las puertas de la prisión se abrieron para el artista. Ya había muerto León X y la República quiere que la ley sea igual para todos.

Mostrándome la fecha de una fina edición de *Las Flores del Mal* o de los *Poemas Bárbaros*, me decía confidencialmente: en este año maté a un hombre. Luego recitaba poemas en sus propios idiomas; poemas de Hugo, de Byron, de Foscolo, de D'Annunzio—el que ahora vuela como un dios homérico sobre el exterminio y la muerte,—de Mosén Jacinto Verdaguer, de Espronceda, de Zorrilla. *La Atlántida* lo deleitaba por la suntuosidad de la rima y el *Booz endormi* lo ponía en éxtasis. Desde que estoy en México he tenido la fortuna de tratar a poetas

eminentes y a hombres de ilustración exquisita y amplia cultura. Ninguno me impresionó tanto como el poeta costeño, deslumbrador e inagotable, renovándose constantemente conforme al precepto de Séneca. Esas primeras entrevistas me dejaron maltrecho y agotado, semejante al viajero que atraviesa un bosque o sube por una montaña. Pensaba yo que a haber nacido en cualquier rincón europeo, la gente desfilaría devotamente por su estudio, como los súbditos del rey Voltaire en las romerías de Ferney.

Díaz Mirón era un conversador infatigable, con una tenacidad de agua corriente que no se cansa de cantar. Su palabra fluía desbordante, plástica, sonora, maleable como la espuma y como el agua; se hilaba en torzales de seda como las trenzas de las árabes; se extendía como un tapiz de plumas dignas de argentar las alas de los cisnes; chispeaba como las escamas de plata de una coraza; se curvaba en collares efímeros sobre las gargantas de las horas. La conversación del poeta anulaba el tiempo y cancelaba las viles necesidades humanas. Era cosa corriente echarse en busca del figón de la Reina Patoja entre cinco y seis de la tarde, a seguidas de un prolongado *tête à tête* gloriosamente lírico, en que el gasto de la palabra era exclusivo del conversador aplastante. La tragedia consistía en que en Jalapa los restaurantes concluyen todo servicio al medio día y se ignoran los *menus* a la carta.

A la media hora de conocerme, ya me tuteaba. El tuteo es una muestra de cordialidad de los grandes a los pequeños. En mi calidad de pequeño, sentí al separarme del poeta una satisfacción semejante a la que han de gozar los nobles a quienes les es permitido cubrirse ante el Rey. Regresaba por las calles de Jalapa a mi hotel saboreando íntimamente el deleite de ese tuteo arbitrario; me daban ganas de confesarlo en forma confidencial a los desconocidos; era un homenaje que me dignificaba y engrandecía. Me inspiraban una piedad desdeñosa mis vecinos de

comedor que gustaban tranquilamente los buenos platos jalapeños.—¿Saben ustedes?—me veía tentado a gritarles,—el señor Díaz Mirón me tutea; soy un íntimo de su gran poeta. Me extrañaba en una palabra, que no se revelase distinción tamaña por la presencia exterior de algún signo visible.

Inolvidables horas aquellas, pasadas ilustremente en la compañía de este poeta con gesto de paladín. En uno de esos minutos me enseñó un vetusto papel que estaba a punto de romperse por los dobleces y que sacó de la cartera con manifiesta indiferencia. Era una carta laudatoria de Santos Chocano, que Díaz Mirón mostraba desdeñosamente, como debía exhibir César a Yugurtha amarrado a su carro de triunfo. Otra vez me refería con voz cálida y violenta, la historia de un desafío en el cual fué padrino del vencedor. A la magia de la palabra evocadora, se asistía alucinado al episodio tremendo. Fué en un lugar de la costa, al amanecer. El ahijado del poeta se colocó a la orilla de la playa, de espaldas contra el mar y el Oriente donde comenzaba a brotar el día. En frente, el contrincante se recortaba sobre un paredón, con los ojos encandilados por el incendio del orto. Los primeros tiros se cambiaron sin resultado. Sonaron los segundos, los terceros, los cuartos; un horror. Entonces se vió que el tirador apadrinado por el poeta afinaba a cada intento la puntería; su último proyectil había desmoronado el paredón a unas cuantas pulgadas del adversario. Por fin, el tiro supremo hizo blanco .... Luego los padrinos, el matador y el muerto, regresaron a Veracruz en el mismo bote. El golpe del remo—concluía el narrador—hacía saltar el agua, dramáticamente, toda roja, teñida de un vivo color de sangre por los alegres rayos del sol. La voz cálida y violenta era ahora sorda y profunda, como la de un trágico eminente en un pasaje culminante de Shakespeare.

Después, sin transición, lanzaba su bravo corcel por los valles pacíficos de la poesía cuyos ecos despertaba briosamente con el olifante de Roldán descolgado de las soberbias panoplias de Hu-

go; con el grito del águila gloriosa que abría las alas en el casco napoleónico agrupando a los gruñones de la Vieja Guardia; con las leyendas caballerescas semiamortajadas en las alhambras sonoras de Zorrilla. De nadie con más justicia que de Díaz Mirón, podría afirmarse que al nacer se equivocó de época. Qué paladín hubiera sido para verlo marchar junto a Godofredo al rescate del Santo Sepulcro; qué gerifalte más audaz para tornar al puño de Carlos V con la presea de una garza real en las garras potentes; con qué prócer ademán hubiera tomado posesión de los imperios y de los océanos entre Cortés y Vasco de Gama. Y aun habría tenido tiempo para puntuar la epopeya con un maravilloso madrigal, como Gutierre de Cetina o para medir las pausas de la lucha con un melodioso poema, con un *Flérida para mí dulce y sabrosa*, como entre tajo y mandoble suspiraba finamente el delicado Garcilaso. En los días que lo conocí, aterciopelados de paz y concordia tras el ropaje engañoso de la dictadura, Díaz Mirón semejaba un héroe homérico tomando un breve reposo bajo su tienda. No creía en los gendarmes y se despedía de su musa como Héctor de Andrómaca, para reñir contra Patroclo y arrastrarlo de los talones a lo largo del Xanto. Mas ya los homéridas dormían en los Elíseos, y era únicamente Santanón quien exhibía una épica claudicante en sus vulgares merodeos.

Pero ¿qué importaba esto? Salvador, ebrio con las visiones heroicas de los siglos violentos y fuertes resucitadas en sus propios versos, parecía arder en combustión intermitente. De las narices dilatadas de su pegaso se escapaba sin cesar un humo épico y un humo lírico, vapores contagiosos para las naturalezas uveniles. Siempre me costó trabajo resistir las idiosincrasias de mis amigos. Con Nervo invade la nostalgia del traje talar y se encuentra habitable la severidad de la Trapa; con Tablada se conoce uno dispuesto para concurrir a una cena del *Palais Royal* y probar la voluptuosidad del pecado apurando un bebedizo de hechicería entre una sonrisa perversa de la Parabére y una

exquisita blasfemia del Regente; con Urbina hasta el cognac se pone franciscano, despertándose una tendencia irresistible a perdonar las injurias y a pasar una mano seráfica por la cabeza hirsuta del hermano lobo; en la compañía del poeta veracruzano, los ojos de oro de la aventura iluminaban senderos de gesta y campos de romance; sin esfuerzo se hubiera ido con él al descubrimiento de un mundo o a la conquista de una constelación. Su vida me pareció una perpetua invitación a la tragedia o cuando menos a dejar La Mancha como Don Quijote en su primera salida, sin escudero y con un peligroso itinerario.

Me he detenido deliberadamente con algún detalle en esta peculiar arrogancia del hombre, porque en ella se han amontonado capítulos de diatribas rabiosas y de exaltados ditirambos. Sus partidarios y sus detractores echaron sobre la figura luces y sombras a porfía, como suele acontecer con todos los hombres que se levantan un palmo del resto de sus semejantes. Yo no pretendo poner de acuerdo pareceres tan encontrados, ni lisonjear odios ni simpatías ajenos a la obra del artista. Y si me he atrevido a fijar algunos truncos aspectos de su carácter, es porque en cierto modo ayudan a explicar el lirismo bravo de su poética, las cóleras tan bruscas que detonan frecuentemente en las bien templadas cuerdas de su lira. Por eso vemos que hasta en el amor, cuyo filtro misterioso degrada las naturalezas heroicas, el poeta conserva su imprescindible gesto imperioso y leonino. El beso está pronto a convertirse en mordisco y la caricia en zarpazo. No entiende la amodorrada sugestión fluyente de las ruecas voluptuosas de Onfalia; es un amante a la manera de Teseo, que se duerme tranquilamente en el regazo de Antiope después de haberla vencido.

Podría ser que mis recuerdos me engañaran y que la silueta que he tratado de esbozar aquí se resintiera de ideas preconcebidas deslizadas a pesar mío entre la figura y el foco; hasta presumo que si se tratase de retocarla, resultaría una cosa comple-

tamente distinta. Con excepción de D. Fernando Iglesias Calderón en materias históricas, nadie es poseedor de la verdad absoluta y yo menos que cualquiera otro. Me conformaré, en consecuencia, con que tanto amigos como enemigos, no encuentren excesivamente desdibujada esta semblaza fugitiva y superficial en cuyo trazo es posible que haya intervenido a menudo un irrefrenable prejuicio de admiración, pero no el propósito deliberado de mentir a sabiendas.

Díaz Mirón, a semejanza de José M. Heredia, el resplandeciente autor de *Les Trophées*, ha sido el hombre de un solo libro. Él mismo condena por apócrifa, una edición fraudulenta publicada en Nueva York el año de 1895. LASCAS, corregidas y arregladas cuidadosamente por el autor, aparecieron en 1901, es decir, en la doble aurora del siglo y del renacimiento literario que envolvió en dúplice esplendor a las tropas líricas de esta América secularmente tributaria de su vieja Metrópoli (1). Veinte años atrás, Díaz Mirón se daba a conocer al público de México por algunos poemas aparecidos en la prensa, los cuales no tardaron en poner su nombre por encima de los poetas de entonces. Tengo a la vista «Los Poetas Mexicanos Contemporáneos».—Ensayos Críticos de Brummel, impresos en 1888 y ya desde tal fecha, mi culto amigo Manuel Puga y Acal (Brummel) en ese libro cuyos ensayos se referían a Díaz Mirón, Gutiérrez Nájera y el señor Peza, proclamaba la supremacía del primero con estas palabras: «*A tout seigneur tout honneur.*—Comenzaré por el príncipe de nuestros poetas, por Salvador Díaz Mirón. Todos los periódicos de la República, sin distinción de opiniones ni de partido, han reproducido la oda *A Byron*. Esa oda ha causado una conmoción profunda, lo mismo en Mérida que en Ures, de un rincón al otro de México. Cayó en el mundo de las letras co-

---

(1) En 1916, Don Rufino Blanco Fombona reeditó "Lascas" en su interesante BIBLIOTECA ANDRES BELLO.

mo piedra en lago y las ondas que produjo han llegado a todos los espíritus.....» Así se expresaba uno de los más exquisitos escritores a quien entre paréntesis pido perdón por haber citado una fecha un tanto incómoda para su prolongada juventud, pero demostrativa por otra parte, de los viejos desposorios entre Díaz Mirón y la gloria.

Y no era sólo la oda *A Byron* la que prendía una estrella nueva en el horizonte desierto. Los espectros épicos de *La Conmemoración*, las estrofas de *Los Parias*, *A los Héroes sin Nombre*, las *Voces Interiores*, *A las Puertas* y muchos otros poemas de entonación heroica, iban añadiéndole un nuevo esplendor al manto lírico del artista, a poco sembrado de luceros como un cielo nocturno. Quién podrá igualar el entusiasmo que encendían en los jóvenes de entonces, los altivos versos *A Gloria*, los huracanes y los clarines que saludan la grandeza de Hugo en la oda magnífica que lleva su nombre? A esta primera época de ardiente exaltación y de fervorosa embriaguez, en que las manos trémulas de esperanza alzan la lira como un consuelo y como un flajelo contra las injusticias y los desfallecimientos, contra las flaquezas y las miserias corrientes, pertenecen estos poemas ricos de sangre y músculo, vibrantes de indignaciones y sonoras cóleras y en donde no es posible ver cuajarse una lágrima, por la misma razón que las gotas de la lluvia se evaporan en una lámina candente.

Díaz Mirón no se distinguió nunca por lo tierno y podrá morir herido por un rayo de tormenta, pero no fulminado por el rayo de luna. Él podría hacer suyas las quejas másculas de Don Francisco de Quevedo:

> Oh monte, emulación de mis gemidos,
> pues yo en el corazón y tú en las cuevas,
> callamos los volcanes florecidos.

Las lágrimas de los pastorcitos que lloran en un recodo

del bosque la traición de Clorinda, son desconocidas por el león de las selvas que exhala su dolor a rugidos. Y los zagales ven de reojo al fiero animal, porque éste ignora el uso del pañuelo para pasárselo por los ojos enjutos. Pero siempre se encuentra en estos primeros versos un reflejo profundo y cordial de las vicisitudes y angustias ineludibles; la amargura de un superior artista que contando con el propio corazón para oponerlo a todo como un broquel, comprueba que únicamnnte es dueño de una entraña sangrienta y palpitante cuyos latidos en vano pretende sosegar con las manos míseras. Acaso el grito más emocionante de Díaz Mirón, está en esas desesperadas palabras que se retuercen bajo un suplicio divino en la composición *El Arroyo*; un dolor indignado que se enreda locamente en el torso magnífico de esta poesía perfecta, como las clásicas serpientes en el mármol desnudo del Laocoonte. A pesar de que la ternura humana, condición vital de la lira, se ahoga en el mar encrespado que surcamos, estos versos, con sus tres décadas bien cumplidas, nos llegan con frescura fragante de prados en flor. Mas no basta la hermosura exterior de los montes que se adornan con el primor puntual de las primaveras casquivanas; para admirarlos en toda su grandeza, precisa que la explosión de los internos martirios suscite la humareda con que se tocan sus cumbres con un manto de sombra. El rey Lear no nos interesa por la púrpura y la diadema que lucía en las horas ceremoniales de sus días felices; sino cuando desamparado y trágico, abofeteaba con su desventura la indiferencia de los cielos a lo largo del mar de esmeralda.

Impregnados en bálsamos de eficacia superior a las injurias del tiempo, están los poemas terminales de esta serie, caracterizada en el conjunto de la obra por la mayor espontaneidad juvenil y la amplitud lírica que baten con el ala inquieta apuntada a todos los vientos. «Cleopatra» es *une petite chef-d'œuvre* que yo me atrevería a leer ante cualquier areópago, sin miedo de que se le encontrase una cana en la inmarcesible cabellera. La viveza

sugerente de la pintura, lleva el recuerdo a la última reina de Egipto. Así la ha de haber contemplado Marco Antonio en alguna noche de Alejandría; toda desnuda y cintilante de gemas, misteriosa y poderosa como sus divinidades asiáticas, para no titubear en poner el imperio del vasto mundo bajo la leve tiranía de sus pies. Los *Versos de un Clérigo*, encantan igualmente por la lozanía de la rima y por la inquietud del sacrílego sentimiento que comentan. Este amor profano deslizándose en la sombra de la celda para encender una belleza monjil a los ojos extraviados del clérigo, se desborda en una opulencia de imágenes bíblicas que seduce y deslumbra. El poema está lejos del amor divino que iluminaba con fuegos místicos la *noche escura* del alma de San Juan de la Cruz, pero no es menos cierto que constituye una palpitante expresión de esa excelsa locura por la cual es tolerable el mundo y casi amable la vida. Parece que fue escrito ayer.

Las composiciones citadas y otras más podrían figurar en LASCAS dignamente; su autor, sin embargo, las rechazó de plano, aduciendo que las consideraba esencialmente incompatibles con su último criterio artístico. Yo me he resuelto a coleccionarlas con el fin de presentar hasta donde me ha sido posible íntegra la obra mironiana, y con el deseo de que no se pierdan estos bellos poemas de juventud, arrebatados y sonoros, seguramente engendrados con el fuego de los primeros amores. Díaz Mirón afirma que no los quiere; pero no lo creamos; siempre los primogénitos tuvieron lo mejor de nuestro cariño; es ley natural.

Las poesías de LASCAS, todas inéditas cuando se publicaron, marcan una segunda etapa en los caminos del poeta. El himno épico, ensordecedor de ruidosas fanfarrias y tambores batientes; la oda desbordada en fogosas imágenes y plena de fervorosos lirismos; las estrofas airadas que flamean sus oriflamas al sol de los años juveniles, quedaron desterrados de LASCAS; pues fuera de *Excelsior*, *Duelo*, *La Oración del Preso* y alguna otra que recuerda al poeta de los antiguos días, no se oye en la colección

el viejo rugido. Tampoco asoma por ahí la majestad heroica del serventesio, ni la fuga audaz de las famosas décimas que surcaban el aire de antaño con su brillantez de saetas. Todo el férreo cortejo cedió el paso a la gracia del poema breve y exquito, al ditirambo pomposo y fino que chispea en la sonrisa de una mujer o en los pétalos de una flor, a la gentileza de los sonetos, algunos de los cuales conservan la misma consonancia hasta el fin, con el criterio del quetzal que prolonga a las últimas plumas de la cola las esmeraldas de las alas; a la mancha fiel de color, rápida y magistral, en que el pincel del artista capta y junta armoniosamente el alma dispersa del paisaje. Y sin embargo, aún la espelunca se disimula entre flores y la melena aunque alisada, sigue siendo melena; todavía el rugido atenuado conmueve el aire del jardín y uno que otro zarpazo dobla la cintura de las violetas. *Quia nominor leo.*

Modelos de este género abundan en LASCAS y no es preciso señalarlos; sólo haré una excepción en favor del célebre poema intitulado *Idilio*, cuyos inesperados personajes, un *cambujo patán* y una *rústica de grifo e inculto cabello*, tomaron el lugar de las Filis y Nemorosos clásicos perpetuados en el género pastoril por nuestros Teócritos y Virgilios ciudadanos. Qué soberana la paleta que en rasgos magistrales traza el fondo del cuadro; con qué toques más hondos y sobrios se sabe rendir la belleza de ese rincón veracruzano, frenéticamente iluminado, más que por *el sol suspenso en el Toro*, por la magia del esmaltador incomparable; las arboledas no corren simétricas como en la orilla del Pincio, ni el vellón de los corderos se ha lavado en los claros remansos de la égloga; la naturaleza es hostil y bravía y apenas si en el bochorno de la hora, un pájaro gorjea, el alcatraz pesca, el *vil zopilote resbala.* El paisaje se muestra sin acicalamientos, como es, y las costumbres virtuosas de la Arcadia feliz, zozobran en el grito de hembra encendida que lanza la payita Sidonia Díaz Mirón, con el verismo absoluto de esta fotografía agreste,

ha dado nacimiento a la sola bucólica que pueda cultivarse decorosamente en nuestros días. Esta suprema pincelada, de suma belleza artística, purifica los patrios campos de todas esas Amarilis arregladas por modistas y de Filondas peinados por peluqueros. Leyendo estos versos ha de haber pensado Jesús Urueta aquel elogio gentil que hizo una vez de Díaz Mirón: «el que es culpe como Miguel Angel y pinta como Rafael». Con algo de humana emoción este poema tendría asegurada la vida eterna.

La moral en uso inquietóse por lo escabroso de algunos poemas y por el empleo de ciertos vocablos alejados cuidadosamente de la poesía como los judíos incircuncisos del sacrificio pascual. «Resulto cebo a chinche y pulga y piojo», pareció un menjurje demasiado fuerte y los estómagos delicados sufrieron náuseas alarmantes. *Avernus*, *La Giganta*, *Vigilia y Sueño*, alguna estrofa del propio *Idilio*, son ejemplo de estas irreverencias. Pero la moral es elástica, y el arte hace ya luengos años que perdonó delitos idénticos a Shakespeare y a Cervantes.

En cambio, no es posible pasar frente al *Fantasma*, sin tomar una actitud de arrobo, como la de los beatos que pintó Fra Angélico en sus visiones místicas. El Cristo de Díaz Mirón, apenas hecho tangible en una tela prerrafaelita por rayos de luna y suave esplendor de azucenas, no es el torvo Cristo español que coronado de espinas y centellante de rubíes en el suplicio de la crucifixión, asusta a los pecadores desde la penumbra del santuario; tampoco es el Cristo colérico y justiciero que se indigna en el *Jesús* de *Almafuerte*; ni el ideal vengador que aparece remoto e inalcanzable en el poema socialista de *Anarkos*, vibrado por la pluma señoril de Guillermo Valencia. Es el buen padre de las misericordias, el plácido maestro de la esperanza que curaba a los leprosos y se mostraba radiante a los peregrinos de Emaus. En México es adorado por moros y cristianos.

Con el mismo criterio artístico que Lascas, Díaz Mirón publicó posteriormente, dispersos en periódicos, nuevos poemas que

he procurado reunir en su integridad. Son los que componen la última parte de la presente colección y aunque algunos escritores tratan de fijar con ellos una tercera época a la evolución de la lírica mironiana, yo me atrevo a insinuar que se les considere sólo como una prolongación de la segunda manera. No veo que las condiciones diferenciales entre los versos de la primera época y la segunda existan entre ésta y los poemas de referencia. La misma habilidad técnica, idéntica sutileza en la expresión, alambiques semejantes para destilar las ideas son visibles en ellos. El procedimiento lleno de rebusca y de extrema finura, cristaliza a mi ver en los versos *El Ingenioso Hidalgo* y en la oda *Al Buen Cura*. Esta composición de histórica celebridad por haber sido escrita en 1910 para las fiestas de la independencia, suscitó querellas de campanario y revivió las discusiones provocadas a la aparición de LASCAS sobre el mérito del poeta desordenado y fogoso de ayer y los imponderables refinamientos del artista de ahora. *Monsieur Prudhomme*, ingenuo y sencillote como de costumbre, exigía para solemnizar convenientemente el centenario glorioso, un himno campanudo y gritón, erizado de trompetas y parches, que copiase en estrofas tricolores el incendio de Granaditas y el magnífico estrago del Monte de las Cruces. En lugar de eso, se le sirvió un poema en que el brillo de la imaginación, la riqueza y valentía de las figuras, la pompa del estilo y la elocuencia de la expresión, estaban subordinadas a una sutileza de conceptos muy propia para que *Mr. Prudhomme* se desconcertara a semejanza de sus antepasados cuando conocieron los versos tenebrosos que el ilustre Góngora escribió a la muerte del Greco. Y el buen hombre todavía se siente defraudado por lo que él llama un fracaso de la lira mironiana.

Pero es ocioso establecer qué cuerda es la que suena más bellamente en esta soberana lira. Tan interesante y admirable es la que cantó hace treinta años la gloria de Hugo con inspiración exaltada, desenfrenada y ardiente, como la que más fina, más

sutil y más ingeniosa, deleita a los cultos con su inagotable armonía. Si yo he dicho renglones atrás, que Díaz Mirón es el hombre de un solo libro, es porque los caracteres fundamentales de su poesía, aparecen al través de estas diversas épocas confundidos en su obra. Ella constituye en su conjunto un florilegio de rimas donde sería difícil discernir preferencias. Rosas viejas y nuevas brotaron del mismo tallo y ambas resultan mellizas por la prosapia del perfume y el esplendor de las tintas. A todas les somos deudores de un rico aroma y de una deliciosa miel.

La obra de Díaz Mirón quedará siendo uno de los capítulos más espléndidos en la historia de nuestros fastos líricos. Un pensamiento frecuentemente profundo, siempre interesante; un dominio absoluto del cincel para modelar el mármol con sabias pericias, una pompa verbal que se desata en las estrofas plena de brillos y magnificencias, cintilante y ritual, como el manto sagrado de Salammbó; todas estas virtudes poseídas en grado eminente, aseguran al poeta un lugar de elección en los Elíseos del arte, entre Quevedo el fuerte y Góngora el sutil, con los cuales tiene más de una afinidad. Es mucho esto, sin duda; ¿pero es todo? Quién sabe si valiera la pena de sacrificar alguna de estas altas preseas, por un poco de sentimiento y temblor humanos. El *Canto a Teresa*, parece que continuará privando como un paño de lágrimas para consuelo de los amantes infortunados, y los «*suspirillos germánicos*» del pobre Gustavo Adolfo, llevan traza de vivir hasta la consumación de los siglos.

Con más ocios de los que me consiente la vida, yo habría probado a condensar la obra literaria de Díaz Mirón en un trabajo que respondiera de algúu modo a su real abolengo lírico. Eso no pudo ser y tengo que conformarme con ofrecer a los lectores pacientes, estas notas desaliñadas y sin pretensiones de ningún género. Son impresiones puramente personales que no asumen gravedad alguna ni implican consecuencias serias. No tratan de imponerse a nadie.

Sin ideas preconcebidas con relación a la forma en que debía disponer estos renglones, sólo un propósito era claro en mí, el de huir de toda pedantería que me hubiera echado a perder un paseo por tan floridas praderas. Y no es que deje de comprender las enseñanzas que se desprenden de la sabia compañía de los doctos; a menudo precisa recurrir a sus conocimientos para distinguir un girasol de una remolacha. Es que por condición innata, no me atrae el estudio de las ciencias naturales y me cuesta fatiga contar los pistilos de una flor y clasificar una mariposa por el largor de las antenas. Dejo esas tareas trascendentes a los profesores de Literatura, a los enfermos de cirrosis incurable y a la solemnidad de las academias. Yo prefiero contemplar la belleza de las criaturas adorables y bendecir a la Divinidad en sus creaciones felices, siquiera por lo que le critico su bondad para producir mamarrachos. He pensado que sería menos aburrido a los lectores, señalándoles con mano ligera, pero reverente, los lugares amenos y los sitios favorables a los juegos divinos de las musas.

He substituido todo bagaje erudito con la admiración y el entusiasmo que despierta este poeta extraordinario y fastuoso, único en la historia literaria de México por la amplitud de la fuerza inaginativa y el fervor de la llama lírica; así he creído servir más noblemente a su gloria y a la difusión de méritos reconocidos y consagrados por propios y extraños al través de la América. Al influjo de esos sentimientos formé el acervo coleccionado en las siguientes páginas que comprenden lo que pude reunir de Díaz Mirón. A riesgo de que el poeta nunca me lo perdone, publico muchos poemas de la primera época, en la persuasión de que lo contrarío, pero con el deseo de que su monumento quede completo. De LASCAS suprimí algunas composiciones que me parece no restar el menor brillo a su prestigio. De la obra ulterior va todo lo que me fué dado adquirir. Esta colección podrá proporcionar así los datos necesarios para que sea estudiada la obra

con toda la atención y el interés que demanda. Abundando en tales ideas, los directores de «*Cultura*» no se desanimaron por gastos ni sacrificios de ninguna especie para hacer viable la edición. Que la juventud se los premie.

Yo agradezco a los expresados directores, el haberse fijado en mí para esta labor. Gracias a distinción tan inmerecida, mi oscuro nombre se quedará en el plinto de la estatua, como esos re lieves que se asombran bajo la gloria de Cuauhtémoc, en el pedestal del sagitario emperador.

Y para concluir, vaya un voto cordial y ferviente. Recuerdo que hace cinco años, desempeñando yo la clase de Literatura en la Escuela Normal para hombres, los futuros maestros se encendían de entusiasmo cuando les leía los versos de Díaz Mirón. Ningún poeta estaba más cercano al corazón juvenil que éste en cuyos cantos encontraban una expresión tan elocuente y precisa de las injusticias de que se creían víctimas y de las rebeldías que ya estremecían el aire. Esos futuros maestros dejaron la tranquilidad de las aulas y se lanzaron a la revolución. El destino les permitía realizar la vida heroica presentida en las estrofas insignes. Es posible que algunos hayan caído recordándolas y otros hayan conquistado una trinchera llevándolas sobre el corazón como un escudo radiante. En nombre de esas antiguas exultaciones que avivaron la fe y la esperanza en el pecho de los estudiantes desde los bancos de la escuela; en nombre de esa embriaguez heroica anticipada en sus corazones por el hondo temblor de la lira egregia, yo espero que algún representante de esa juventud pródiga de su propia sangre, levante su voz ahora que puede ser oída en favor del poeta desterrado. México no puede negarle un palmo de tierra a quien es gloria del Continente.

RAFAEL LÓPEZ.

NOTA.—Séame permitido hacer públicos mis agradecimientos por la valiosa ayuda que me prestaron para el arreglo de esta colección, a mis queridos amigos Agustín Loera Chávez y poeta Francisco González Guerrero cuyos esfuerzos y buena voluntad me estimularon en la tarea. Igualmente agradezco al exquisito Saturnino Herrán, el bello dibujo con que se sirvió ilustrar el volumen. Por último, quedo muy obligado a los señores Manuel Mestre Ghigliazza, poeta Rafael Cabrera, César R. Margain y otros cultos amigos míos, por los manuscritos que tuvieron la bondad de proporcionarme.

R. L.

BLASONES.

I.

Tu cuarteto es cuadriga de águilas bravas
que aman las tempestades, los Océanos;
las pesadas tizonas, las férreas clavas,
son las armas forjadas para tus manos.

Tu idea tiene cráteres y vierte lavas;
del Arte recorriendo montes y llanos,
van tus rudas estrofas, jamás esclavas,
como un tropel de búfalos americanos.

Lo que suena en tu lira lejos resuena,
como cuando habla el bóreas, o cuando truena.
¡Hijo del Nuevo Mundo! la humanidad

oiga, sobre las frentes de las naciones,
la himnica pompa lírica de tus canciones
que saludan triunfantes la Libertad.

RUBÉN DARÍO.

II.

Porque un latir de selva y un rumor de avalancha
dialogan en la hondura de tu predio sonoro,
donde un río raptor se descoge y ensancha
—limosnero de estrellas—sus harapos de oro.

Porque siembra horizontes la audacia de tu vuelo,
y el salvaje rezongo del mar rueda en tu grito;
porque tus alas rútilas —fieles a sol y cielo—
reposadas en cumbres se azulan de infinito.

Porque tu gloria, aislada, como la luna sube
floreando el abismo de la onda y de la nube,
vientos largos empujan tu nombre en los crestones

solemnes de esta América. En gemelas montañas,
curvas recias encinas con Leopoldo Lugones,
junto a Darío —el último rey de las dos Españas.

RAFAEL LÓPEZ.

PRIMERA ÉPOCA.

¡AVE MARIA!

¡Ave María! ¡Llena de gracia!
Tienes tres lustros, ojos de antílope,
mirada de astro, sonrisa de ángel,
boca de perlas y de rubíes,
tez de durazno que incita el diente
con sus pelusas y sus carmines,
barba de hoyuelo, crenchas de oro,
frente de musa, cuello de cisne,
pechos de estatua que el tul descubre
altos, redondos, blancos y firmes:
una belleza pagana y prócer
y en ella el lampo de una alma virgen.
Los que se arrastran no te conocen;
eres estrella, no ames reptiles,
que la hermosura, florón glorioso,
triunfal corona, botín sublime,
debe ser lauro de la grandeza:
¡llámese genio, virtud o crimen!

DATE LILIA

¡Clava en mí tu pupila centellante
en donde el toque de la luz impresa
brilla como una chispa de diamante
engastada en una húmeda turquesa!

¡Deja que ruede libre tu cabello
como la linfa que desborda el cauce,
para que caiga en torno de tu cuello
como el follaje al rededor del sauce!

¡Para que flote resplandor de aurora
sobre tu rostro que el sonrojo empaña,
como esas tintas con que el sol colora
la nieve que circunda la montaña!

¡Para que el soplo de mi aliento vuele,
y tu ígneo labio, cuya esencia adoro,
ría a través, cual la amapola suele
roja y vivaz en el trigal de oro!

¡Habla! ¡Mas sólo de placer! ¡Exhala
el arrullo nupcial de la paloma!
¡Fuera el temor! ¡La rosa de Bengala
no tiene espinas, mas tampoco aroma!

¡Tu acento de sirena me embelesa.....
tu palabra es miel híblea derramada,

tu boca, que cerrada es una fresa,
se abre como se parte una granada!

Pero guardas silencio y te estremeces,
¿por qué te aflige la mundana insidia?
Consuélate pensando que los jueces
que nos condenan, nos tendrán envidia.

¿No me oyes? ¿Cuál ha sido nuestra falta?
¿Es culpable la sed que apura el vaso?
¿Comete un crimen el raudal que salta
cuando halla un dique que le corta el paso?

¿Por qué triste y glacial como la muda
estatua del dolor bajas la vista,
mientras tu mano anuda y desanuda
las puntas del pañuelo de batista?

¿Por qué esa gota en que expiró un reproche
corre por tu mejilla ruborosa
como un hilo de aljófar de la noche
por un tímido pétalo de rosa?

¿Por qué tu pecho en que el candor anida
tiembla con ansia..... cual batiendo el vuelo
palpita el ala de la garza herida,
que pugna en vano por alzarse al cielo?

Vamos, ¡ya está! que cese tu quebranto.....
¡Alza tu bella cabecita rubia,
quiero ver tu sonrisa entre tu llanto
como un rayo de sol entre la lluvia!

La palma vuelve su cogollo espeso
a aspirar aire con gentil donaire,
y ebria de amor en el festín del beso
estalla en flores, perfumando el aire.

¡Imita al árbol del desierto! Sacia
tu afán de dicha, y que tu canto vibre:
ave María, en plenitud de gracia,
¡joven, hermosa, idolatrada y libre!

A EVA.

La pena que te consume
revela una dicha; pues
una espina sólo es
el indicio de un perfume!

Tu mal fulgura y orea,
hay en tu pesar intenso
algo que trasciende a incienso
y resplandece y gorjea.

El ala del ángel brilla
sobre la faz trastornada
de la oración enlutada
y mustia que se arrodilla.

La efusión de los dolores
es el rocío que hiende

la noche azul, y desciende
de las luces a las flores.

Las lágrimas, esos rastros,
vienen del cielo, y han sido
cosas puras que se han ido
de las almas a los astros.

Esas gotas son radiantes
pavesas y fueron glorias:
hay perlas que son escorias,
carbones que son diamantes!

Vierte la escarcha bendita
de tu infortunio sagrado:
si el hielo refresca el prado,
la verdura resucita.

Caiga la nube deshecha,
y brotará la mies rubia:
donde no hubo nunca lluvia
jamás pudo haber cosecha.

Tu juventud, que atesora
la glacial melancolía,
y ofrece una frente fría
a los besos de la aurora,

es como el volcán que apiña
el aljófar que se cuaja
y luego se funde y baja
a fecundar la campiña.

Que tu razón desconfíe
del destello que alboroza:
Dios sabe si quien solloza
es más feliz que el que ríe!

Hay tristezas que levantan
y júbilos que desdoran,
hay regocijos que lloran
y sufrimientos que cantan!

A MARGARITA.

¡Qué radiosa es tu faz blanca y tranquila
bajo el dosel de tu melena blonda!
¡Qué abismo tan profundo tu pupila
pérfida y azulada como la onda!

El fulgor soñoliento que destella
en tus ojos donde hay siempre un reproche,
viene cual la mirada de la estrella
de un cielo ennegrecido por la noche.

Tu rojo labio en que la abeja sacia
su sed de miel, de aroma y embeleso,
ha sido modelado por la gracia
más para la oración que para el beso.

Tu voz que ora es aguda y ora grave,
llena de gratitud suena en mi oído

como el saludo arrullador del ave
al sol naciente que despierta el nido.

La palabra mordaz y libertina,
en tu boca, que el ósculo consume,
es una flor de punzadora espina....
pero que tiene mágico perfume.

Tu discurso es amargo, licencioso
y repugnante; pero—¡extraño ejemplo!
tu acento es dulce, arrullador y suave
como el canto del órgano en el templo.

Y tu voz a cuyo eco me emociono
lastima al mismo tiempo que recrea;
es el canto de un ángel por el tono,
y el habla de un demonio por la idea.

Tu mano esconde un cetro: el albo lirio,
y fué tallada con primor no escaso,
más para la limosna y para el cirio
que para la caricia y para el vaso.

Tu cuerpo....¡qué a menudo la locura
rasgó ante mí sus hálitos discretos!
Y tu estatuaria y lúbrica hermosura
me reveló sus íntimos secretos.

¡Cuántas veces a la hora del tocado
penetré hasta tu estancia encantadora!
Y en un tibio misterio plateado
por una claridad como de aurora,

te hallé al salir del agua derramando
un rocío de líquidos cambiantes:
escultura de nieve, comenzando
a deshelarse y a verter diamantes.

Y ví a la sierva que te adorna y peina,
ajustar con destreza cuidadosa
tu magnífica túnica de reina
a tu soberbia desnudez de diosa.

¿Qué miseria, qué afán o qué flaqueza
te arrojó del edén, Eva proscrita?
¿Qué Fausto asió tu virginal belleza
y la arrojó en el fango, Margarita?

Inexplicable suerte, buena o mala,
la que a tí me llevó y a tí me trajo;
nuestro insensato amor es una escala
y por ella tú asciendes y yo bajo.

Oculta y sola mi pasión huraña
crece en mi corazón herido y yerto,
¡oculta como el cáncer en la entraña,
sola como la palma en el desierto!

MUDANZA.

Ayer, el cielo azul, la mar en calma,
y el sol ignípotente y cremesino,
y muchas ilusiones en mi alma
y flores por doquier en mi camino.

Mi vida toda júbilos y encantos,
mi pecho rebosando de pureza,
mi carmen pleno de perfume y cantos
y muy lejos, muy lejos la tristeza.

Ayer, la inspiración rica y galana
llenando mi cerebro de fulgores;
y tú sonriente y dulce, en tu ventana,
hablándome de dichas y de amores.

Ayer, cuanto era luz y poesía,
las albas puras y las tardes bellas
henchidas de sutil melancolía,
y las noches pletóricas de estrellas.....

Y hoy..... La sombra y el ansia y el desierto,
perdida la esperanza y la creencia,
y el amor en tu espíritu ya muerto,
y sembrada de espinas la existencia.

OJOS VERDES.

Ojos que nunca me veis
por recelo o por decoro,
ojos de esmeralda y oro,
fuerza es que me contempléis:
quiero que me consoléis,
hermosos ojos que adoro:
estoy triste y os imploro
puesta en tierra la rodilla.

¡Piedad para el que se humilla,
Ojos de esmeralda y oro!

Ojos en que reverbera
la estrella crepuscular,
ojos verdes como el mar,
como el mar por la ribera;
ojos de lumbre hechicera
que ignoráis lo que es llorar,
¡glorificad mi pesar!
¡No me desoléis así!
¡Tened compasión de mí,
¡ojos verdes como el mar!

Ojos cuyo amor anhelo
porque alegran cuanto alcanza,
ojos color de esperanza
con lejanías de cielo.
Ojos que al través del velo
radían bienaventuranza,
mi alma a vosotros se lanza
en alas de la embriaguez,
miradme una sola vez,
ojos color de esperanza.

Cese ya vuestro desvío,
ojos que me dais congojas,
ojos con aspecto de hojas
empapadas de rocío.
Húmedo esplendor del río

que por esquivo me enojas,
luz que la del sol sonrojas
y cuyos toques son besos,
derrámate en mí por esos
ojos con aspecto de hojas.

CONSONANCIAS.

Tu traición justifica mi falsía,
aunque lo niegues con tu voz de arrullo;
mi amor era muy grande, pero había
algo más grande que mi amor: mi orgullo!

Calla, pues. Ocultemos nuestro duelo,
la queja es infecunda y nada alcanza;
agonicemos contemplando el cielo,
ya que el cielo es nuestra única esperanza.

No creas que este mal decrezca y huya:
cada vez menos parco y más despierto,
imperará en mi vida y en la tuya
"como reina el león en el desierto".

Los años rodarán en el abismo
sin que recobres la perdida calma:
tú siempre llevarás como yo mismo
un cadáver en lo íntimo del alma!

El tiempo no es el médico discreto
que por medio del fórceps del olvido;

saca del fondo de la entraña el feto
muerto allí como el pájaro en su nido.

COPO DE NIEVE.

Para endulzar un poco tus desvíos,
fijas en mí tu angelical mirada,
y hundes tus dedos pálidos y fríos
en mi oscura melena alborotada.

Pero en vano, mujer! ¡No me consuelas!
¡estamos separados por un mundo!
¿Por qué si eres la nieve, no me hielas?
¿Por qué, si soy el fuego, no te fundo?

Tu mano espiritual y transparente,
cuando acaricia mi cabeza esclava,
es el copo glacial sobre el ardiente
volcán cubierto de ceniza y lava!

EN UN ALBUM.

Alma, florece y canta, mas sepulta
en la sombra tu música y tu broche;
como florece la violeta: oculta,
y como canta el ruiseñor: de noche.

Esconde el ideal de esos deseos
a cuyo sacro fuego te consumes:
hay ojos que interrumpen los gorjeos
y manos que arrebatan los perfumes.

Conserva siempre intacto, nunca visto,
el frágil bien que con afán escudas:
un amor como el tuyo, es ¡ay! un Cristo
que tiene en cada confidente un Judas.

A BERTA.

Ya que eres grata como el cariño,
ya que eres bella como el querub,
ya que eres blanca como el armiño,
sé siempre ingenua, sé siempre tú!
El torpe engaño que el vicio fragua
nunca se aviene con la virtud.
Sé trasparente como es el agua,
como es el aire, como es la luz!
Que tu palabra, dulce armonía
que tu alma exhala como un laúd,
como una alondra que anuncia el día,
presa en la sombra que flota aún,
sea un arroyo sereno y puro
do, al inclinarme como un saúz,
mire las guijas del fondo oscuro
y las estrellas del cielo azul!

A M.....

¿Detenerme? ¿Cejar? ¡Vana congoja!
La cabeza no manda al corazón.
Prohibe al aquilón que alce la hoja,
no a la hoja que ceda al aquilón!

Cuando el torrente por los campos halla
de pronto un dique que le dice: atrás,
podrá saltar o desquiciar la valla,
pero pararse o recular..... jamás!

¿Por qué te adoro y a tus pies me arrastro?
¿Por qué se obstinan en volverse así
la aguja al norte, el heliotropo al astro,
la llama al cielo y mi esperanza a tí?

EN UN ALBUM.

Dicen que el nauta que frecuenta el hielo
del yermo boreal, venciendo el frío,
recibe a veces de ignorado cielo
una olorosa ráfaga de estío.

¡Qué beso el de tal hálito de paso!
¡Qué fruición! ¡Qué delicia! ¡Qué embeleso!
¡Sólo un beso de amor produce acaso
mayor placer que semejante beso!

Pues bien; yo experimento a tus miradas
lo que en el polo el peregrino siente,
cuando una de esas brisas perfumadas
va de otro clima a acariciar su frente.

En mi noche invernal, Dios ha querido
que el resplandor de tus pupilas fuera
un efluvio de rosas difundido
en un rayo de sol de primavera.

A PIEDAD.

Llegas a mí con garbo presumido,
tierna y gentil—¡Cuán vario es el orgullo!
Ostenta en el león crin y rugido,
y en la paloma, tornasol y arrullo.

Brillas y triunfas, y a carnal deseo
cierras la veste con seguro alarde;
y en el fulgor de tu mirada veo
sonreir el lucero de la tarde.

Hay minutos de gracia que suspenden
el dolor, con alivio soberano;
que de la paz divina se desprenden
para cruzar el infortunio humano.

Virtud celeste a la miseria mía
viene contigo y en el antro asoma,

y entra y cunde como una melodía,
como una claridad, como un aroma.

Al triste impartes como buena maga
tregua feliz, y en dulce desconcierto,
bendigo por el bálsamo la llaga
y amo por el oasis el desierto.

Y me vuelvo a mi cítara y la enfloro,
y la pulso, y el son que arranco a ella
se va, tinto en la púrpura y el oro
del puesto sol a la primera estrella.

A GLORIA.

No intentes convencerme de torpeza
con los delirios de tu mente loca:
Mi razón es al par luz y firmeza,
firmeza y luz como el cristal de roca!

Semejante al nocturno peregrino,
mi esperanza inmortal no mira el suelo;
no viendo más que sombra en el camino,
sólo contempla el esplendor del cielo.

Vanas son las imágenes que entraña
tu espíritu infantil, santuario oscuro.
Tu numen, como el oro en la montaña,
es virginal, y por lo mismo, impuro.

A través de este vórtice que crispa,
y ávido de brillar, vuelo o me arrastro,
oruga enamorada de una chispa,
o águila seducida por un astro.

Inútil es que con tenaz murmullo
exageres el lance en que me enredo:
Yo soy altivo, y el que alienta orgullo
lleva un broquel impenetrable al miedo.

Fiado en el instinto que me empuja,
desprecio los peligros que señalas.
«El ave canta aunque la rama cruja:
como que sabe lo que son sus alas.»

Erguido bajo el golpe en la porfía,
me siento superior a la victoria.
Tengo fe en mí: la adversidad podría
quitarme el triunfo, pero no la gloria.

¡Deja que me persigan los abyectos!
¡Quiero atraer la envidia, aunque me abrume!
La flor en que se posan los insectos
es rica de matiz y de perfume.

El mal es el teatro en cuyo foro
la virtud, esa trágica, descuella;
es la sibila de palabra de oro;
la sombra que hace resaltar la estrella.

¡Alumbrar es arder!—¡Estro encendido
será el fuego voraz que me consuma!

La perla brota del molusco herido
y Venus nace de la amarga espuma.

Los claros timbres de que estoy ufano
han de salír de la calumnia ilesos.
Hay plumajes que cruzan el pantano
y no se manchan . . . . ¡Mi plumaje es de esos!

¡Fuerza es que sufra mi pasión!—La palma
crece en la orilla que el olaje azota.
El mérito es el náufrago del alma:
vivo, se hunde; pero muerto flota!

Depón el ceño y que tu voz me arrulle!
Consuela el corazón del que te ama!
Dios dijo al agua del torrente: bulle!
y al lirio de la margen: embalsama!

Confórmate, mujer!—Hemos venido
a este valle de lágrimas que abate,
tú, como la paloma, para el nido,
y yo, como el león, para el combate.

VERSOS DE UN CLERIGO.

I.

Religiosa peregrina
que rezando vas y vienes,
y que por el traje tienes
aspecto de golondrina!

Mientras mi cuerpo se inclina,
mi pensamiento te abarca:
Dios para él sólo te marca,
y mi amor, en su heroísmo,
se cierne sobre el abismo,
cual la paloma del arca.

Harto sé que te importuna
mi sacrílego cariño:
tu candor, como el armiño,
no soporta mancha alguna.
Infeliz desde la cuna
haces que el triste te adore....
¡Es fuerza que el cielo llore
para que el iris fulgure
y el ambiente se depure
y la pradera se enflore!

Blanca, limpia, incorruptible,
diamantina y sublimada,
como la nieve inhollada
sobre el monte inaccesible,
vestiste el sayal horrible
que doma las tentaciones....
¡Del orco de las pasiones
saliste incólume y fiel,
como el profeta Daniel
del antro de los leones!

Nadie más casta que tú:
ni la Virgen que te hospeda
y de cuya alba de seda
besas la orla de tisú.
El miedo de Belcebú
te inspira piedad tan rara,
que nunca vuelves la cara,
aunque Jesús es tu escudo,
al Cristo casi desnudo
que veneras ante el ara.

De noche sueles soñar,
cautiva de un estro ardiente,
y despertar de repente
y acongojarte y llorar....
Y si entonces, por azar,
rompe una nube cargada,
piensas, convulsa y turbada,
que el relámpago bermejo
es el sangriento reflejo
de una flamígera espada.

Todo en tí parece muerto,
menos la fe: ni un instante
muestras al sol el semblante
que llevas medio encubierto.
Jamás visitas el huerto
en tus momentos perdidos.

Recelas de los sentidos
y el huerto te causa sustos,
porque en el huerto hay arbustos
y en los arbustos hay nidos.

Sufro tormentas extrañas;
y a ratos, fuera de mí,
dejo escapar ante tí
el grito de mis entrañas....
Y digo que son patrañas
las leyes que te condenan;
y mis palabras atruenan
celda, nave, coro, altar....
¡y no alcanzo a quebrantar
los votos que te encadenan!

El mar ondea en tropel
en su cárcel de granito:
contemplando el infinito,
pugna por subir a él;
pero —¡desengaño cruel!—
se siente a la postre falto
de aliento para ir tan alto,
y a pesar de su ansia suma,
cae, deshecho en espuma,
cada vez que emprende un salto!

II.

El alma tiene en verdad,
como el mundo que la asombra,
un hemisferio en la sombra
y el otro en la claridad.
En mi amarga soledad,
mi propia ciencia me daña:
dudas henchidas de saña
hostigan mi pensamiento....
Las nubes que arrastra el viento
se agrupan en la montaña.

La naturaleza vela
y clama dentro de mí,
y en este Getsemaní
la piedad no me consuela....
La carne se me rebela;
la razón mina el sostén
de cuanto en aras del bien
he venido consagrando....
¡El Cedrón bate bramando
el pie de Jerusalén!

Leo, y las letras se estiran,
se agitan y se desbandan,
y son hormigas que andan
y escarabajos que giran....

Oro, y las preces me inspiran
una repugnancia atroz....
Duermo, y ardiente y veloz,
mi fantasía se enciende.....
¡y Ruth desnuda se extiende
en el lecho de Booz!

Hay en cada creación,
en cada forma que alienta,
un futuro que fermenta,
queriendo hacer explosión;
un trabajo de expansión
ordenado o inconexo;
un afán simple o complexo
que con sus sordas porfías
engendra las simpatías
que empujan el sexo al sexo.

Esta avidez, que resume
el deleite y el dolor,
y da a la planta el color
que desparrama el perfume;
este impulso, que consume
y glorifica en secreto;
este Mesías inquieto
es, en la noche en que está,
un sonámbulo que va
firme y seguro a su objeto.

El feto siente llegar
la hora del parto, y se mueve,
y a su ciego esfuerzo debe,
más que al materno, el brotar.
Arrojada a germinar,
la simiente del saúz
revienta bajo el capuz
en que el vegetal se fragua,
¡y la raíz halla el agua
y el tallo encuentra la luz!

La oruga, exenta de galas,
forja el Tabor de su anhelo,
y al cabo levanta el vuelo
con dos pétalos por alas.
Así, por varias escalas,
y entre horizontes en fuga
que un mismo arcano subyuga,
cumplen los fines distintos
de sus diversos instintos
feto, simiente y oruga!

¡Virtualides de vida
que tempestuosas y oscuras
llenáis de fiebres impuras
mi existencia infanticida!
¡Sangre de Isaac, vertida
en el fondo de mi sér!

¡Propensiones al placer!
¡Impetus de un porvenir
que, condenado a morir,
anhela siempre nacer!

¡Oh potencias! Los abismos
guardan vuestros hondos rastros.
Sois atracción en los astros
y amor en los organismos.
Estalláis en cataclismos,
removéis el duro suelo,
fundís montañas de hielo,
sacáis del hoy el mañana
¡y os oprime una sotana
y os estrelláis en un velo!

CLEOPATRA.

La vi tendida de espaldas
entre púrpura revuelta....
estaba toda desnuda
aspirando humo de esencias
en largo tubo escarchado
de diamantes y de perlas.

Sobre la siniestra mano
apoyada la cabeza,
y cual el ojo de un tigre

un ópalo daba en ella
vislumbres de sangre y fuego
al oro de su ancha trenza.

Tenía un pie sobre el otro,
y los dos como azucenas,
y cerca de los tobillos
argollas de finas piedras,
y en el vientre un denso triángulo
de rizada y rubia seda.

En un brazo se torcía
como cinta de centella,
un áspid de filigrana
salpicado de turquesas,
con dos carbunclos por ojos
y un dardo de oro en la lengua.

Tibias estaban sus carnes,
y sus altos pechos, eran
cual blanca leche vertida
dentro de dos copas griegas,
convertida en alabastro,
sólida ya, pero aun trémula.

¡Ah!....hubiera yo dado entonces
todos mis lauros de Atenas
por entrar en esa alcoba
coronado de violetas,
dejando con los eunucos
mis coturnos a la puerta.

¿QUE ES POESIA?

¡La poesía!—pugna sagrada;
radioso arcángel de ardiente espada,
tres heroísmos en conjunción;
el heroísmo del pensamiento,
el heroísmo del sentimiento
y el heroísmo de la expresión!

Flor que en la cumbre brilla y perfuma,
copo de nieve; gasa de espuma;
zarza encendida do el cielo está;
nube de oro vistosa y rauda;
fugaz cometa de inmensa cauda;
onda de gloria que viene y va.

Nébula vaga de que gotea,
como una perla de luz la idea;
espiga herida por la segur;
brasa de incienso; vapor de plata;
fulgor de aurora que se dilata
de Oriente a Ocaso, de Norte a Sur!

Verdad, ternura, virtud, belleza,
sueño, entusiasmo, placer, tristeza;
lengua de fuego, vivaz crisol;

abismo de éter que el genio salva;
alondra humilde que canta el alba;
águila altiva que vuela al sol!

Humo que brota de la montaña;
nostalgia obscura; pasión extraña;
sed insaciable; tedio inmortal;
anhelo tierno e indefinible;
ansia infinita de lo imposible;
amor sublime de lo ideal!

REQUIESCAT IN PACE.

Ante el despojo inerte
del hombre de virtud, yo no maldigo,
sino aplaudo la muerte!
¡Celébrela conmigo
quien a sensible corazón dé abrigo!

Sí, en esta crüel guerra
el justo anhelará de polo a polo
dormir bajo la tierra,
ya que sobre ella sólo
reina la fuerza y predomina el dolo!

¿Cuándo habrá mar en calma
para el esquife en que, mirando al cielo,
boga y suspira el alma?

La fe se encoge ¡oh duelo!
como ave a punto de emprender el vuelo.

La prestigiosa orilla
esplende allá como fulgor que brota;
mas la frágil barquilla
que la tormenta azota,
no llegará sino desierta y rota:

No vertáis ¡oh perversos!
de irrisorio dolor estéril jugo.
¿No ayer fuísteis adversos
al vivo como os plugo?
¿Plañe acaso a la víctima el verdugo?

No para tal asiento
compre el cincel fastuosa cantería,
tardo remordimiento.
Esa corona fría
no fuera gloria, no, sino ironía!

¡A qué serán honores
las que en ónice y mármol sobre huesas
fija el arte labores?
¿A qué a vanas pavesas
en triste soledad ricas empresas?

¡Oh tímido y profundo
espíritu, que siempre huíste el ruido
y la pompa del mundo!

Logres lo que has querido;
no eterna fama, sino eterno olvido.

A tí fuera desdoro
lo que es presea en nuestros circos fieros:
lo que obtienen del coro,
triunfantes y altaneros,
los más audaces y los más arteros!

«Piedad» fué tu divisa,
«Amor sin esperanza» fué tu emblema;
pasaste cual la brisa
que sobre el mar que trema
viene a la costa cuando el sol más quema.

¡Sabio quien busca y halle
a la sombra del árbol, paz cumplida
en apartado valle,
cabe limpia y dormida
corriente, imagen de su nueva vida.

No cultivéis ¡oh buenos!
más tierra que la tierra. El barro humano
vale a vosotros menos
que el que nutre el gusano
y da una planta a quien le arroja un grano!

RIMAS.

El día con su manto
de vívidos colores,
inspira cosas dulces:
la risa y la ilusión.
Entonces la mirada
se inclina hacia las flores...
¡Las flores son los versos
que el prado canta al sol!

La noche con su sombra
que deja ardientes rastros,
inspira cosas graves:
la angustia y la oración...
Entonces la mirada
se eleva hacia los astros...
¡Los astros son los versos
que el cielo canta a Dios!

¡Que pliegue su ala de oro
la tarde en el vacío!
¡Que pasen por mi mente
las ondas del Cedrón!
¡Que caiga de la nube
la gota de rocío!
¡Que radien las estrellas!
¡Que trine el ruiseñor!

PRELUDIOS.

I.

Los árboles, al sentir
la ráfaga, se doblegan,
y tal parece que bregan
por desprenderse y huir!
Caos de plata y zafir
que la vaga niebla esfuma,—
las olas entre la bruma
hierven, se encrespan, batallan,
y son volcanes que estallan
en explosiones de espuma.

Fulgurante culebreo
que rasga el negro capuz,—
trémula grieta de luz
que simula un parpadeo;
repentino centelleo
que fascina y amedrenta,—
el relámpago revienta,
y, a los ojos del pavor,
es un gesto de furor
en la paz de la tormenta.

Desde el fondo del follaje
plañidera algarabía

responde, en la sinfonía
del viento y del oleaje,
al trueno, fragor salvaje
que rueda, retumba, aterra,
cual si en formidable guerra
titanes de férreos brazos
rompieran en mil pedazos
el cielo sobre la tierra!

II.

Al influjo creador
el firmamento es abismo,
el planeta cataclismo
y el espíritu es dolor!
En mí y a mi alrededor,
palpita el estro que hiere....
y, voz de cisne que muere,
mi acento crepuscular
canta y llora, y es al par
Te-Deum y Miserere!

Soy la larva que procura
en su cárcel azarosa,
convertirse en mariposa
y esmaltar el aura pura.
Soy la linfa siempre obscura
que ama el sol canicular,
porque quiere arder, brotar,
del pantano que la estanca,

trasformarse en nube blanca,
ser espléndida y volar!

Soy la cumbre cuyo anhelo
es mover un cráter roto,
y, en medio de un terremoto,
lanzar su erupción al cielo!
Soy el aterido suelo
en que el nuevo abril germina!
Soy la rama que se inclina,
mientras un pájaro en ella
mira con ansia una estrella
y despliega el ala y trina!

III.

En las garras del dolor,
el hombre, que es polvo vil,
se eleva..... como el reptil
asido por el condor!
El fuego exterminador
trueca la arena en cristal,
y, de la goma oriental,
—áspera y acre resina,—
hace la esencia divina
que perfuma el ideal!

El numen,—virtud suprema
que el mundo insulta y aclama,—
es una llama, y la llama
resplandece, pero quema!

Bajo un sublime anatema,
el genio, foco y crisol,
sube, envuelto en su arrebol,
hasta el zenit de la gloria,
y, luminar de la historia,
sufre el tormento del sol!

IV.

Seres-faros que, al lucir,
tenéis por fuerza que arder
cumplid con vuestro deber:
alumbrad hasta morir!
Luchad por el porvenir,
alzaos sobre la insidia,
que no triunfa quien no lidia
ni es grande el que se levanta
sin sentir bajo su planta
el pedestal de la envidia!

No hay en el campo una flor
que, sin un huésped voraz,
sea, en el aura fugaz,
el aroma y el color!
Agresivo mediador
que ese doble halago hechiza
el insecto se desliza....
y, en su misión errabunda,
devora, pero fecunda;
mata, pero inmortaliza!

El iris, claro dosel,
tras la borrasca violenta;
después de la lid sangrienta,
la corona de laurel!
Oh Humanidad! Oh Israel!
el bien prometido es cierto!
Mas Canaan es un huerto
adonde no ha de llegar
quien no sepa atrevesar
el Mar-Rojo y el desierto!

EL ARROYO.

No descansas jamás... y alegre y puro,
murmurador y manso,
corriendo vas sobre tu cauce duro....
Yo también como tú corro y murmuro,
yo también como tú jamás descanso!
Yo camino al vaivén de mis dolores,
tú con ala de céfiro caminas,
tú feliz más que yo, por entre flores,
yo helado más que tú, por entre espinas!
Tú pasas como sombra por el suelo,
siempre en eterno viaje;
vas a la mar con incesante anhelo,
vienes del cielo en volador celaje
y en un rayo de sol vuelves al cielo.

Yo voy....¿dónde? No sé . voy arrastrando
mi fe perdida y mi esperanza trunca,
sombra de una alma entre la luz temblando
y sin poder iluminarse nunca!
Tú cumples con pasar.... Yo, si te imito,
no cumplo con vivir....por eso lloro,
y en el infierno de mi afán me agito,
cuando ilumina con visiones de oro
las sombras de mi lecho, el infinito;
en mi delirio ardiente,
sueño a mis pies el pedestal: la gloria;
me envuelve con su luz, y mi alma siente
el fuego del aplauso en la memoria
y la frialdad del túmulo en la frente!
Y luego, al despertar de mi locura,
al volver de mi ardiente desvarío,
desesperado en realidad obscura
y agonizante de dolor me río!

Mas ¿qué importa? Sigamos, arroyuelo;
el aura guarda para tí su anhelo
si la borrasca en mi cerebro zumba....
Tú eres zurco de cielo
y yo surco de tumba!
A veces me imagino que en tu arrullo
la voz de un ángel invisible canta;
a veces me imagino que en mi orgullo
la eternidad del genio se levanta!

Delirios, ilusión de mis querellas,
el último eco morirá en mi lira;
yo paso como tú fingiendo estrellas,
átomo pensador que a todo aspir. !

Nacer, pensar, morir. Oh suerte! oh suerte!
Para qué tanto afán, si en ese abismo
de tinieblas polares, en la muerte,
se ha de abismar el pensamiento mismo!
Nacer, pensar, morir! Y en la existencia
divinizada la impotente duda,
y en el labio entreabierto de la ciencia
una palabra muda!

Oh gentil arroyuelo cristalino!
quisiera, en tu camino,
ser una flor abandonada y sola;
rambla de arena en tu brillante cauce.
Sombra de un cisne, atravesar en tu ola,
o en tu orilla temblar, sombra de un sauce;
quisiera ser tu brisa lisonjera,
ser no más una gota de tu lodo,
un eco de tu voz . . . . porque quisiera,
menos alma que piensa, serlo todo!

TOQUE.

¿Do está la enredadera, que no tiende
como un penacho su verdor oscuro
sobre la tapia gris? La yedra prende
su triste harapo al ulcerado muro.

¿Do está el césped gentil, que no tapiza
la tierra en torno del desierto albergue?
Cual ralo vello que el pavor eriza,
salvaje esparto en derredor se yergue.

¿Do está el árbol simbólico y risueño
que un tiempo fué para el lacerto jira,
para el ave palacio, para el sueño
canción de arrullo y para el viento lira?

Tronco desnudo, bajo el doble azote
de la lluvia y del ábrego, se eleva:
aguarda aún que de su costra brote
arrollada y derecha la hoja nueva.

Y abierto en cruz como en señal de duelo,
semeja en medio de la hierba lacia
un esqueleto que levanta al cielo
sus secos brazos, implorando gracia.

¡Oh linfas gratas al saúz doliente!
¡Cuán lentas, cuán mermadas, cuán distintas,

cuán lánguidas os miro al sol poniente
de cuyas luces reflejáis las tintas!

¡Cuál se arrastra en el fondo del barranco
vuestra corriente por las piedras rota,
bajo el vapor que, como el humo blanco
del perfumero en el santuario flota!

¡Oh infausta soledad, que eres ejemplo
de mudanza y dolor! ¡Con qué sombrío,
con qué punzante júbilo contemplo
¡ay! que tu cambio corresponde al mío!

UMBRA.

Como un rey oriental, el sol espira
envuelto en una púrpura que arde;
se hunde en la sierra transformada en pira
en medio de la gloria de la tarde!

La luna surge de la selva oscura
derramando un albor como de duelo,
y, blanca y libre, como el alma pura
de un mundo muerto se remonta al cielo.

Ronco clamor que por el aire corre,
atribulando al justo y al precito,
el toque de oración suena en la torre,
índice que señala el infinito!

El mar salmodia sus perennes quejas
batiendo sus riberas rumorosas.....
y el hombre piensa en afecciones viejas,
en seres idos y en pasadas cosas!

Como el velo de un ángel, como espuma
lanzada hasta el zenit por una ola,
una nube, una ráfaga de bruma,
cruza el espacio, nacarada y sola.

Y en su veloz y caprichoso viaje
al través de la pompa vespertina,
miente una fuga de astros.... El paisaje
se estremece en la pálida neblina.

Las palmas gimen con solemne acento
formando un vago y religioso coro,
y son plumeros que oscilando al viento
barren el éter empolvado de oro.

La esperanza y la fe se magnifican,
la inmensa escala de Jacob se extiende,
el lucero y la flor se comunican,
el rayo baja y el perfume asciende!

Cae una lluvia de sutiles gotas
y —flauta oculta en el follaje espeso—
el ruiseñor con palpitantes notas
canta a la estrella la canción del beso.

Resuenan en los hálitos que giran
murmullos como de ánimas que imploran,

voces como de sombras que suspiran....
ayes como de espíritus que lloran.

Como un cohete de fulgentes rastros
súbita exhalación arranca y brilla
y el numen —mariposa de los astros—
despierta y bulle en su prisión de arcilla.

Todo es quietud: el constelado piélago,
el campo triste y la callada estancia;
Satanás con sus alas de murciélago,
se cierne sobre el sueño de la infancia!

La virgen vierte en su apacible lecho
un aliento de mágicos olores,
cual si tuviera en lo interior del pecho
un ramillete de celestes flores.

Y hambriento y fatigado y aterido,
el mendigo dormita sobre el atrio,
y se imagina que se encuentra henchido
de un inefable sentimiento patrio!

Es la hora en que el párpado se cierra
y en que--fragancia que abandona el broche--
la fantasía desligada yerra
sobre el túmulo negro de la tierra,
en la capilla ardiente de la noche!

RITMOS.

Cuando vienen a mí esos recuerdos,
cadentes efluvios de abril y de aurora;
al sentir ese fresco rocío
de gotas de cielo, yo sufro en mi sombra
lo que acaso padece en la suya
el tétrico sauce, guirnalda mortuoria,
cuando un grupo de vívidos pájaros
festivo y cantante se esparce en su copa!

Como la ola, al romper en la orilla,
corona de espuma la peña en que choca;
como el sol abrillanta la nube
con un arco-iris de tintas radiosas;
como el árbol fragante perfuma
el viento de otoño que arranca sus hojas,
el poeta, ese mártir del genio,
consagra su angustia con himnos de gloria.

Inmortal pensamiento de pena
que llevo en la frente como una aureola,
sal del labio en corrientes de música
y alienta y cautiva las ansias que lloran.....

¡Así el hielo que ciñe la cumbre,
do nunca se mecen matices ni aromas,
baja en crespos raudales de plata
y cubre de flores los campos que borda!

. . . . . .

. . . . . .

. . . . . .

Pero no! ¡Permanece en tu cima!
¡Oh escarcha! oh tristeza! ¡no brotes! ¡no es hora
¡no desciendas! ¡No quiero que seas,—
en vez de la linfa que esmalta y abona—
la bola de nieve que crece en su curso
y es luego avalancha que aplasta y arrolla!

ESTANCIAS.

Bienaventurados los que lloran.

¡Oh! los infortunados de la vida
son felices aún! El sufrimiento
es la palpitación del ala herida,
el ansia de la fuerza comprimida,
la más alta expresión del sentimiento!

El fuego del dolor es cual la llama
del vaso en que la mirra se consume:
purifica y eleva y embalsama;
trueca el acíbar áspero que inflama
en delicado y celestial perfume!

El pesar es poeta y es creyente;
las lágrimas son gotas de rocío;
la tristeza es el nimbo de la frente,
es el vuelo del ángel esplendente
por encima de féretro sombrío.

La pena es el Calvario milagroso;
la prueba y la virtud de la grandeza;
el buitre inseparable del coloso;
el piélago salobre y espumoso
de donde surge la inmortal belleza.

Padecer es gozar de una ventura;
seguir la inabordable lontananza;
la fe perdida o la ilusión futura.....
la dicha, que se ignora mientras dura,
no es más que la memoria o la esperanza.

La desgracia es la madre macilenta
de los hombres sublimes de la historia;
el genio es una nube de tormenta:
destroza él corazón en que revienta,
mas deja un frío póstumo: la gloria!

¿Por qué insultas los fúnebres despojos
de tus extintas horas apacibles,
y con un rayo irónico en los ojos
dices que los recuerdos son abrojos
y las aspiraciones imposibles?

¡Venera tu aflicción, alma sencilla!
¡Consagra el ataúd de tus amores!

Los muertos radian cuando el cirio brilla,
cuando el duelo enlutado se arrodilla
ante la huesa para echarles flores!

Bendice la inquietud de tu destino.
Reverencia el pañal como el sudario.
Tu afán es el augusto peregrino
y al fin de las fatigas del camino,
resplandecen las puertas del santuario.

No te arredres, oruga, por la fosa
en que hoy como un cadáver te despeñas;
no te aterres mañana, mariposa,
porque toques la espina de la rosa,
porque te quemes en la luz que sueñas!

EL DESERTOR.

Allí.... junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo, alegre y florido!
¡Y el cielo, impasible y puro!

¡Cuadro que tuve delante
y que hoy como entonces veo!
Ante un pelotón el reo;
en un flanco el comandante.

—¡Cesen tus ruegos prolijos!
¿Por qué huiste a la montaña?

—Señor, porque en mi cabaña
estaban sin pan mis hijos.

—¿Por qué trocaste el arado
por el fusil? Fué imprudencia.
– Señor, ha sido violencia:
la leva me hizo soldado.

—¡Basta! ¡Arrodíllate luego!
La disciplina es un yugo.....
Yo no soy más que el verdugo....
¡Preparen! ¡Apunten! ¡Fuego!
.....

¡Allí .. junto al viejo muro
entre la hierba escondido!
¡Y el campo alegre y florido!
¡Y el cielo, impasible y puro!

ASONANCIAS.

Sé de un reptil que persigue
la sombra rauda y aérea
que un ave del paraíso
proyecta sobre la tierra,
desde el azul en que flota,
iris vivo de orlas negras!

Conozco un voraz gusano
que perdido en una ciénaga,

acecha una mariposa
que, flor matizada y suelta,
ostenta en un aire de oro
dos pétalos que aletean.

¡Odio que la oscura escama
profesa a la pluma espléndida!
¡Inmundo rencor de oruga!
¡Eterna y mezquina guerra
de todo lo que se arrastra
contra todo lo que vuela!

LOS PARIAS.

Allá en el claro, cerca del monte,
bajo una higuera como un dosel,
hubo una choza donde habitaba
una familia que ya no es.
El padre, muerto; la madre, muerta;
los cuatro niños, muertos también:
él, de fatiga; ella, de angustia;
ellos, de frío, de hambre y de sed!

Ha mucho tiempo que fuí al bohío
y me parece que ha sido ayer.
¡Desventurados! Allí sufrían
ansia sin tregua, tortura cruel.
¡Y en vano, alzando los turbios ojos,
te preguntaban, Señor, por qué;

y recurrían a tu alta gracia,
dispensadora de todo bien!

¡Oh Dios! las gentes sencillas rinden
culto a tu nombre y a tu poder:
a ti demandan favor los pobres;
a ti los tristes piden merced;
mas como el ruego resulta inútil,
pienso que un día —pronto tal vez—
no habrá miserias que se arrodillen,
no habrá dolores que tengan fe!

Rota la brida, tenaz la fusta,
libre el espacio, ¿qué hará el corcel?
La inopia vive sin un halago,
sin un consuelo, sin un placer.
Sobre los fangos y los abrojos
en que revuelca su desnudez,
cría querubes para el presidio
y serafines para el burdel!

El proletario levanta el muro,
practica el túnel, mueve el taller;
cultiva el campo, calienta el horno,
paga el tributo, carga el broquel;
y en la batalla sangrienta y grande,
blandiendo el hierro por patria o rey,
enseña al prócer con noble orgullo
cómo se cumple con el deber!

Mas ¡ay! ¿qué logra con su heroísmo?
¿cuál es el premio, cuál su laurel?
El desdichado recoge ortigas
y apura el cáliz hasta la hez.
Leproso, mustio, deforme, airado,
soporta apenas tan dura ley,
y cuando pasa sin ver al cielo,
la tierra tiembla bajo sus pies!

ASONANCIAS.

Sabedlo, soberanos y vasallos,
próceres y mendigos:
nadie tendrá derecho a lo superfluo,
mientras alguien carezca de lo estricto.

Lo que llamamos «Caridad», y ahora
es sólo un móvil íntimo,
será en un porvenir lejano o próximo
el resultado del deber escrito.

Y la Equidad se sentará en el trono
de que huya el Egoísmo,
y a la ley del embudo, que hoy impera,
sucederá la ley del equilibrio.

DE UN LIBRO.

Que como el perro que lame
la mano de su señor,
el miedo ablande el rigor
con el llanto que derrame;
que la ignorancia reclame
al cielo el bien que le falta....
¡Yo, con la frente muy alta,
cual retando el rayo a herirme,
soportaré sin rendirme
la tempestad que me asalta!

No esperes en tu piedad,
que lo inflexible se tuerza:
¡Yo seré esclavo por fuerza,
pero no por voluntad!
Mi indomable vanidad
no se aviene a un ruin papel.
¡Humillarme! ¡Ni ante aquél
que enciende y apaga el día!
¡Si yo fuera ángel, sería
el soberbio ángel Luzbel!

El hombre de corazón
nunca cede a la malicia.

¡No hay más Dios que la justicia,
ni más ley que la razón!
¡Resignarme a la presión
del levita o del escriba!
¡Doblar la cerviz altiva
ante torpes soberanos!
¡Yo no acepto a los tiranos
ni aquí abajo, ni allá arriba!

NAPOLEON.

Surge ante la opresión y el desenfreno
para ser a la par ímpetu y valla.
Acomete, fulmina y avasalla.....
es un coloso de diamante y cieno!

Lleva el fuego de Dios dentro del seno
cual prenda de victoria, a la batalla;
y semejante al nubarrón que estalla,
vierte la luz con el fragor del trueno.

Sirve a la libertad con la conquista;
a la Revolución de que es hechura
quiere cavar sepulcro y abre pista.

Cumple su alta misión por fuerza obscura,
y entonces..... de la mano del artista
cae el cincel al pie de la escultura!

LA NUBE.

¿Qué te acongoja mientras que sube
del horizonte del mar la nube,
negro capuz?
Tendrán por ella frescura el cielo,
pureza el aire, verdor el suelo,
matiz la luz!

No tiembles. Deja que el viento amague
y el trueno asorde y el rayo estrague
campo y ciudad;
tales rigores no han de ser vanos.....
¡Los pueblos hacen con rojas manos
la Libertad!

JUSTICIA.

Fuerza es convenir en ello:
Todo hombre es un pecador:
No hay nadie que en su interior
no esté con la soga al cuello.
ANÓNIMO.

Ceñudo y calenturiento,
sacudo la frente fiera,
como si así consiguiera
arrojar el pensamiento!

Pero, altivo en mi tormento,
miro el tiempo que pasó.....
que las faltas en que yo—
frágil como hombre—incurrí,
podrán afligirme, sí;
pero avergonzarme.....nó!

Dicen que todo mortal,
hasta el que lleva una palma,
es, por fallo de su alma,
un condenado al dogal.
Mas no tienen suerte igual
la púrpura y el andrajo:
cuando el culpable no es *bajo*,
es menos vil su sentencia.....
Por eso yo en mi conciencia
reclamo el hacha y el tajo!

AL CZAR DE LAS RUSIAS.

(Nicolás II)

Ya fuiste bendecido y coronado,
esplendorosamente consagrado
en medio de una pompa sin igual;
óyeme, pues, escucha los consejos
de quien fué sin tu venia a los festejos:
¡Yo soy la Libertad!

Tú mandas cien millones de lacayos;
diez mil cañones que vomitan rayos
rompen en truenos a tu voz triunfal;
cuatro mares, esclavos de tu acero,
besan tus plantas imperiales, pero.....
¡Yo soy la Libertad!

Sé bueno y justo porque Dios se irrita,
ama a ese pueblo que a tus pies se agita
con latentes hervores de volcán:
no me persigas más, dame la mano,
tiéndemela, si nó..... tiembla, tirano,
¡Yo soy la Libertad!

A LOS HEROES SIN NOMBRE.

Milicias que en las épicas fatigas
caísteis, indistintas e ignoradas,
cual por la hoz del rústico segadas,
en tiempo de cosecha, las espigas;

que moristeis a manos enemigas,
fulgentes de entusiasmo las miradas,
tintas hasta los puños las espadas
y rotas por delante las lorigas.

Oscuros Alejandros y Espartacos,
la ingratitud de vuestro sino aterra
la musa de los himnos elegiacos.

En las cruentas labores de la guerra,
sembradora de lauros, fuisteis sacos
de estiércol ¡ay! para abonar la tierra.

A LAS PUERTAS.

Al fulgor ensangrentado
de una hornaza nunca extinta,
junto al yunque en que el ardiente
hierro herido arroja chispas,
levantando y abatiendo
el martillo que fatiga,
sudoroso y atezado
un Vulcano está a tu vista.

Esta atmósfera de infierno,
roja a fuerza de encendida,
en que el cíclope trabaja
como en una pompa olímpica,
bien pudiera sofocarte
con su fuego y sus cenizas.....

¡Que de ti no entre aquí más
que la luz de tus pupilas!

No penetres en el antro,
no busques idolatrías
en este taller, panoplia
de tantas sagradas iras.

Yo amo la belleza, es cierto,
mas no a la manera antigua:
vástago de esta centuria
voy a donde ella me guía.

Y no para honrar los templos
la moderna gracia artística,
sobre los pechos de Helena
modela copas divinas;
ni el nuevo genio ateniense
mira con ansias lascivas
en la cadera de Aspasia
el contorno de su lira.

Ni la estética en su arena
premia como antes solía
el más melódico beso
aplicado a una mejilla;
ni en los litigios famosos,
que dirime la justicia,
la desnudez de Frinea
es hoy razón decisiva.

Tu lugar no está en mi fragua,
¿qué te importa la obra mía?
Yo no labro joyas de esas
que a las mujeres cautivan:
¡Forjo armaduras, escudos,
cascos, espadas y picas,
para todos los derechos
que combaten por la vida

BOEDROMION.

¿Gemís? ¿No hallaron entre rojas piras
y a través de las bárbaras saetas
claros laureles vuestras justas iras?

Coronados de adelfas, los poetas
cantan fausto loor, digno de liras
hechas a celebrar triunfos de atletas.

La griega sangre que purpura el suelo
por la lucha convulso y escarbado
es propicia a la patria y grata al cielo.

¡Gloria eterna al que ardiente y arrojado
se adelanta en la lid con noble anhelo
y en la primera fila es inmolado!

Para el que torna invicto y satisfecho
al dulce hogar, la admiración curiosa
sale a la puerta y se encarama al techo.

Y bajo el casto peplo de la hermosa
virgen, el puro y culminante pecho
hinche y erige su botón de rosa.

¡Cejar, descolorida la mejilla,
turbia la vista y erizado el vello,
en la pugna viril es gran mancilla!

¡Indeleble baldón pone vil sello
al que, cual manso buey, tiende y humilla
al tiránico yugo el dócil cuello!

El que al abrigo de cerrado muro
se quede atrás cuando la hueste fiera
parta en bélico alarde al trance duro;

el que sensual o tímido prefiera
al riesgo heroico, el bienestar seguro,
¡viva de oprobio y de vergüenza muera!

No os lamentéis. ¡La combatida nave
«echa al airado mar todo un tesoro»
para salvarse en la tormenta grave!

¡Corred al templo en jubiloso coro
y dejad sobre el dórico arquitrabe
en honra al dios las égidas de oro!

A LAS COSAS SIN ALMA.

Cosas sin alma, que os mostráis a ella
y la servís en muchedumbre tanta,
temblad! La móvil hora no adelanta
sin imprimiros destructora huella.

De la materia resistente y bella
tomad lo que más dura y más encanta;
si sois piedra, sed mármol; si sois planta,
sed laurel; si sois llama, sed estrella.

Mas no esperéis la eternidad. El lodo
se disuelve en la onda que lo crea;
Dios y la idea por diverso modo,

pueden sólo flotar en la marea
del objeto y del ser; ¡Dios sobre todo,
y sobre todo lo demás la idea!

DONES FATIDICOS.

Palma: no te enorgullezcas
de superar en altura
a los laureles y almendros
sobre cuyas copas triunfas.
La tempestad se avecina,
y cuando el rayo fulgura,
las frentes menos enhiestas,
son las que están más seguras.

No te ensoberbezcas, rosa,
porque brillas y perfumas
y en el jardín y en el prado
reinas, excedes y ofuscas.
Esmalte y aroma en flores
son signos de desventura.....
manos vendrán que te arranquen
o insectos que te destruyan.

Dulce flauta de la selva,
cantor que esponjas la pluma
y abres el pico y exhalas
chorros de perlas de música!
No te envanezca el gorjeo,
calla: los hombres lo escuchan,
y trinos aprestan redes
al ave que los modula.

Tierra: no envidies al astro
que te calienta y fecunda
y que surgente u occiduo
prodiga el oro y la púrpura.
Tamaña magnificencia
nace de inmensa tortura.....
¡El resplandor de un incendio
te vivifica y alumbra!

¡Cuán caro pagas, espíritu,
el nimbo que te circunda!
Tener ingenio y renombre
es tu verdadera culpa.
De rencores a tu gloria
es cómplice la fortuna,
y pereces lapidado
con montañas de imposturas.

LA CONMEMORACION.

Espectros Épicos.

¿A dónde, con los griegos melenudos,
va por el golfo insigne tanta nave?
Al compás de la tibia, que en agudos
tonos imita la canción del ave,
himno de acentos bélicos y rudos
suena, confuso y grave.

¿Es el Peán?—Guerreros espolones
amagan en las proras esculpidas;
y la flota triunfal lleva festones
de rosas y relámpagos de egidas,
y argenta de espumosos borbotones
las olas divididas.

El Sol entre arreboles resplandece,
como broquel de oro que a indistinto
dios vestido de púrpura guarece;
y el húmedo cristal, a trechos pinto
de reflejos de múrice, parece
en sangre persa aun tinto.

PRELIMINAR
DE "MELANCOLÍAS Y CÓLERAS."

A Chucho Valenzuela el eximio poeta.

Al chorro del estanque abrí la llave;
pero a la pena y al furor no pude
ceñir palabra consecuente y grave.
Pretendo que la forma ceda y mude;
y ella en mi propio gusto se precave,
y en el encanto y en el brillo acude.

Afeites usa y enjoyada viene....
¡Sólo a esplender y a seducir aspira,
como en la noche y en el mar Selene!
!Es coqueta en el duelo y en la ira
del supremo rubor!.....¡No en vano tiene
curvas y nervios de mujer la lira!

¿Qué mucho, pues? A encono y a quebranto
dejo el primor que les prendí por fuera;
y en la congoja y en la saña el canto
resulte gracia irónica y artera:
el iris en el glóbulo del llanto
y la seda en la piel de la pantera.

REDEMPTIO.

Llegué a desesperar.....¿A dónde iba
por el rudo peñón cortado a tajo?
Miré al cielo, y estaba muy arriba!

La cima con su vértigo me atrajo;
torné la faz a la traspuesta hondura,
ví la tierra, y estaba muy abajo!

Y a la mitad de la pendiente dura
do el fragoroso alud bota o resbala,
dudé entre la vergüenza y la locura.

Y un gran buitre al pasar me hirió con su ala;
y oré, sabiendo que el incienso sube
a excelsitudes que el condor no escala.

Imploré con fervor .... y me detuve
observando con pasmo que mi ruego
se condensaba alrededor en nube.

Y algo como una lágrima de fuego
brilló en ese vapor, germen de estragos,
y dijo a mi dolor convulso y ciego:

«Yo soy el numen de tus sueños vagos;
yo soy la llama de la zarza ardiente;
yo soy la estrella de los reyes magos:

Yo soy la Redención.» Y eco rugiente
se levantó del valle, y parecía
como rumor de mar ..... Y alcé la frente
y puse el pie en la nube que partía.

A BYRON.

Eras a un tiempo el ángel y el vestiglo;
el astro y el espectro en el cometa;
todo un siglo hecho hombre; todo un siglo
de beía y de pasión hecho poeta.

Te calumniabas con insigne dolo;
y bello y tentador y altivo y fiero,
fuiste un Don Juan que se cantaba solo,
un Luzbel trovador y aventurero.

Trataste al mundo como el monstruo a Edipo;
pasmaste con enigmas la fe ciega;
te pusiste la máscara de un tipo,
como el actor de la tragedia griega.

Del fango impuro a tu soberbia frente
subió un vapor que oscureció tu juicio;
te dejaste arrastrar por la corriente,
y diste pompa y esplendor al vicio.

Y tu numen fué entonces un mal hado,
nutrido y lleno de impiedad sangrienta;
para cada fanal tuvo un nublado,
y para cada vela una tormenta!

Llegaste a las supremas ironías,
como cediendo a impulsos espontáneos:
profanabas la tumba en tus orgías,
bebiendo el vino del placer en cráneos.

Tus lúgubres acentos repitieron
el grito aterrador, el grito mismo
que los bajeles de Tiberio oyeron
bajo una tempestad, sobre el abismo.

Sombra y desolación eran la suerte:
vino tu genio, codiciaba palmas,
y fué el corcel en que montó la Muerte
en ese apocalipsis de las almas.

Trágico, taciturno, sobrehumano,
entre tanta ceniza y tanto escombro,
pasaste con tu cítara en la mano,
como un verdugo con su hierro al hombro!

Cual de una nube de borrasca y guerra,
y en medio de una convulsión caíste:
pisaste ortigas al tocar la tierra,
y la cruzaste claudicando y triste.

Afán de emigración, jamás extinto,
te arrojó sin cesar sobre las naves:
errar de clima en clima es un instinto
en ciertos genios como en ciertas aves.

Las olas te atraían; y mostrabas
vivo placer a las riberas solas,

cuando—soberbio nadador—rasgabas
desnudo y ágil y tenaz las olas.

Igual al mar por tu doblez extraña,
reflejabas el cielo a que tendías;
y audaz y atronador y hecho montaña,
te alzabas hasta él y lo escupías.

No envidiabas al piélago sus dones:
tú tenías también ímpetus, brumas,
trombas, brillos, honduras, explosiones,
monstruos, perlas, vorágines y espumas!

¿Fuiste un loco?—Tal vez; pero esplendente!
El sentido común, razón menguada,
nunca ha sido ni artista, ni vidente,
ni paladín, ni redentor....ni nada!

¡Cuán grandes fueron tus postreros días!
¡Cuán excelsos tus últimos anhelos!
Eras Manfredo en el Jung-Frau: querías
caer; pero caer desde los cielos!

¿Por qué llevarte a la natal ribera?
¿Por qué robarte a Missolonghi? ¿Acaso
fué nunca tierra para tí extranjera
la tierra del Olimpo y del Parnaso?

La británica orilla en vano oprime
tu ilustre polvo con su arena recia:
Grecia guardó tu aparición sublime;
tu verdadero monumento es Grecia.

Duerme. Tu gloria crecerá entretanto
mientras palpite el corazón de un hombre.
Descansa en paz. Las ondas de Lepanto
eternamente cantarán tu nombre!

Y cuando la razón fría y adusta
dispare un dardo a tu azarosa vida,
la heroica sombra de tu muerte augusta
interpondrá su redentora egida.

VOCES INTERIORES.

A F. D.

Bruto partiendo el corazón de César;
Espartaco asolando la Campania;
Tell rechazando con el pie el esquife;
Cromwell ante el suplicio de un monarca;
Mirabeau en el Tabor de las naciones;
Bolívar con tres pueblos a la espalda;
Hidalgo predicando el exterminio
y Grant blandiendo su invencible espada,
fueron volcanes que estallaron; fueron
llagas contra cilicios sublevadas;
fueron rayos forjados en las nubes
formadas lentamente por las lágrimas
que, convertidas en vapor, habían
subido al cielo a demandar venganza!

De tierras que han sufrido convulsiones
de cráteres y vómitos de lavas,
surgieron siempre a deleitar los ojos
las flores de hermosura más gallarda.
Sobre odios y desastres y congojas,
sobre estragos y cóleras y ansias,
sobre aras y temblores y tinieblas,
Dios puso el ideal y la esperanza.
El Nilo desbordado y tormentoso
inunda con violencia la comarca,
y es invasión de fangos por doquiera;
pero en esas arenas calcinadas
esa invasión de fangos es la vida,
y esa invasión de fangos es sagrada!

¡Oh rayos que os forjáis entre las nubes
formadas lentamente por las lágrimas!
¿Cuándo fulminaréis a los sayones
que oprimen y envilecen el Anáhuac?
¡Oh Nilo desbordado y tormentoso
que inundas con violencia la comarca!
¿Qué primavera enflorará el desierto,
cuando retires tus impuras aguas?
¿Qué incubación de próceres palpita
entre tanta abyección y tanta infamia?
¿Qué paladines purgarán la tierra,
en donde sólo en los escudos de armas
hay águilas que triunfen de serpientes
y no serpientes que extrangulen águilas?

¡Silencio! ¿Quién responde a mis acentos?
¿Es la voz de los muertos por la patria?
No: la voz de los muertos fuera triste
y no causara sensación tan grata.
Oigo un coro celeste cuyos tonos
ensordece y confunde la distancia,
y me parece cual canción de alondra
que anuncia el claro amanecer del alba.
Ese dulce murmullo que me alegra,
ese vago rumor que me entusiasma,
brota quizá de los fecundos senos
de las mujeres que a lo lejos pasan .....
¡Cada una lleva un nimbo en la cabeza
y acaso un redentor en las entrañas!
¡Oh hermano de adopción, que eres mi orgullo!
¡Tú, cuya vida sin doblez ni tacha
puede ostentar la cohesión suprema
de los diamantes de esplendor sin mancha!
¡Tú, que firme y erguido en la tribuna,
como el peñón en donde el faro radia,
sabes cumplir con tu deber de antorcha
sobre este mar en que el honor naufraga!
¡Tú, que has ungido tu conciencia indúctil
con la lustral e imperceptible grasa
que revelan las plumas de los cisnes,
cuando del cieno de la inmunda charca,
cuando de la onda corrompida y turbia
emergen secas y resultan blancas!

¡Tú, que sin arte ni dolor prefieres
al vil favor la inmerecida saña,
al oro espurio la miseria altiva
y al vicio enhiesto la virtud hollada!
Si no es una ilusión de mis deseos
este concierto que a mi oído canta;
si entre los claustros maternales bulle
el porvenir que nuestro afán aguarda,
¡dichosos si vivimos para entonces!
Ambos iremos a la lucha santa,
y unidos moriremos combatiendo,
cual los saldunas de la antigua Galia.
¡De la honda de David saldremos juntos
yo que soy guija y tú que eres montaña!

VICTOR HUGO.

¿Qué palabra mejor que la que canta?
¿Qué timbres de más prez que los que encierra
ese rey triunfador a cuya planta
es un mezquino pedestal la tierra?
¿Qué fuerza más divina
que la de ese Titán que escala el cielo,
desafiando al rayo, —que fulmina
todo lo que se empina
sobre este bajo y miserable suelo:
espíritu y volcán, torre y encina?

¡El cóndor gigantesco de los Andes,
el buitre colosal de orlado cuello,
no ha batido jamás alas tan grandes,
ni ha visto de tan cerca un sol tan bello!
El poeta es el antro en que la oscura
sibila del progreso se revuelve;
el vaso en que la vida se depura,
y, libre de la escoria, se resuelve
en verdad, en virtud y en hermosura!
¡No hay gloria de más claros arreboles
que la de ser, en la penumbra inmensa,
uno de esos crisoles
en que la luz del alma se condensa,
como el fuego del éter en los soles!

El vidente está allí, noble y sereno:
si los hombres lo afligen porque es bueno
y en en su yerma heredad siembran la ortiga,
él los consuela, y del terruño ajeno
recoge el cardo, como Ruth la espiga!
¡Arbol que el viento del otoño hiere
en la hoja, en la flor, en el retoño!
¡Arbol que al viento del otoño muere
y que perfuma el viento del otoño!
Todo el vapor que del pantano sube
miasmático y sombrío,
se cuaja arriba en tormentosa nube,
pero desciende en bienhechor rocío!

¿Qué importa que el sublime Prometeo,
bajo el chispazo que su frente atrae,
muerda el polvo en la lid, si, como Anteo,
se endereza mayor siempre que cae?
La ráfaga que zumba
no ha de apagar la estrella.
¡Dejad que al fin el trovador sucumba!
¡La luz de su estro, como nunca bella,
brotará por las grietas de su tumba!

¡Oh soñador excelso!—Yo te he visto
tocar el cielo, en el batido estuario,
ara de tu ideal!—Tú, como Cristo,
completaste el Tabor con el Calvario!
Misionero de luz propicio al ciego,
tu genio, semejante a un meteoro,
llovió desde el cenit lenguas de fuego
y abrió en la inmensidad surcos de oro!

No es cierto que tu espíritu esté falto
de esa unidad espléndida y bruñida
que constituye el mérito más alto
de un libro, de un diamante y de una vida;
pero pagaste el natural tributo:
primero, el huevo, y en seguida, el ave!
Es fuerza que la flor preceda al fruto
y el hombre empiece donde el niño acabe!
Roja y azul, la sangre que te anima
hizo de ti la aurora que refleja

la púrpura del sol que se aproxima
y el zafir de la noche que se aleja.
Tu frente audaz, que el pensamiento arruga,
puede alzarse sin mancha! Dios te impele.
Nadie reprocha a la rastrera oruga
que se convierta en mariposa y vuele!

Envueltos en su túnica inconsútil,
tus veinte años de destierro gimen.....
El crimen te absolvió.....¡Pero fué inútil!
¡Tú no absolviste al crimen!
Y allí, de pie sobre tu peña sola,
nueva Pathmos, ceñida por la ola;
allí, vuelto a los réprobos distantes,
y en tu lengua de hipérboles y elipsis,
lanzaste, nuevo Juan, los fulgurantes
relámpagos de un nuevo Apocalipsis!

Y tú no fuiste el único en el duelo,
en la pena, en el Gólgota, en la injuria.....
Cuanto era cumbre o remontaba vuelo
sufrió el embate de la misma furia.

Mas ¿cómo pudo ser? ¿qué fuerza extraña,
qué ingente cataclismo
decapitó de un golpe la montaña,
aventando sus crestas al abismo?
¿Qué tempestad de tenebrosos rastros,
qué estallido de horno
rompió el volcán, bajo su nimbo de astros,
arrojando sus águilas en torno?

¡Profanado el augusto tabernáculo
y erguidos y triunfantes los protervos!
¡Apagada la zarza en el pináculo
y allí agrupados en festín los cuervos!
¡El pueblo subyugado por la tropa;
el pueblo audaz que con ardor fecundo,
dando su sangre en holocausto a Europa,
reivindicó la libertad del mundo!
¡Radiante y vencedor el culto falso!
¡La virtud perseguida con encono!
¡El deber espirando en el cadalso
y la infamia sentándose en el trono!
¡Oscurecido el sol! ¡La Francia esclava!
—¿En dónde estaba Dios, que no veía,
puesto que así dejaba
prevalecer la noche sobre el día?

¡Oh poeta! Tu espíritu enamora:
Es cual la estatua que el egipcio estulto
honraba por sonora:
Tiene el supremo pedestal: el culto,
y la suprema inspiración: la aurora!
Sin rival cuando canta y cuando gime,
tu voz reina en el duelo y en la fiesta;
tus versos son la música sublime,
no de una lira, sino de una orquesta!
No hay nota por tu acento no emitida:

tan grande en la inquietud como en la calma,
tocas todo el registro de la vida,
recorres todo el diapasón del alma!
Siempre con igual éxito, tu numen
brota en odas, idilios y elegías;
y es que en tí se completan y resumen
Píndaro, Anacreonte y Jeremías!
Tu genio no es el bólido infecundo
que en vano estalla en el celaje incierto:
Es la columna que dirige al mundo,
camino del Edén, por el desierto!
El ideal que el porvenir reserva
y que hace ahora su primer ensayo,
saldría de tu frente, cual Minerva
surgió de la cerviz del dios del rayo!
Angeles que combaten con vestiglos
y que alcanzan victoria tras victoria,
tus himnos brillan como el sol!—La historia
no ha producido en los mayores siglos
gloria que pueda superar tu gloria!

. . . . . .
. . . . . .

¡Contemplad al coloso!
Ved cómo lucha y lucha y no desmaya;
cómo pisa radiante y magestuoso,
el más alto crestón del Himalaya:

Cómo allí,—puesto en Dios el pensamiento,—
revela un nuevo mundo en cada grito .....
¡Atlas en que se apoya el firmamento!
¡Atalaya que explora el infinito!

SURSUM.

A J. S.

¡Cuán grata es la ilusión a cuyos lampos
tienen perenne vida los amores,
inmarcesible juventud los campos
y embriagadora eternidad las flores!
¡Cuán vívido es el iris que colora,
magia oriental, la suspirada orilla,
y a cuyo hermoso resplandor de aurora
radia hasta el fango que después mancilla!
La verdad, si engrandece la conciencia,
devora el corazón, nunca sumiso:
es el fruto del árbol de la ciencia,
y siempre hace perder el paraíso.
Mas aunque el bardo mate la quimera,
y desvíe y aparte de sus ojos
el prisma encantador, y por doquiera
mire sombras y vórtices y abrojos,
ha de cantar la redentora utopia,
como otra estatua de Memnón que suena,

y ser, perdida la esperanza propia,
el paladión de la esperanza ajena!

Cuando el mundo, ese Tántalo que aspira
en vano al ideal, se dobla al peso
de la roca de Sísifo, y espira
quemado por la túnica de Neso;
cuando al par tenebroso y centellante
imita a Barrabás y adora al Justo,
y pigmeo con ansias de gigante
se retuerce en el lecho de Procusto;
cuando gime entre horribles convulsiones,
para expiar sus criminales yerros,
mordido por sus ávidas pasiones
como Acteón por sus voraces perros;
cuando sujeto a su fatal cadena
arrastra sus desdichas por los lodos,
y cada cual, en su egoísta pena,
vuelve la espalda a la aflicción detodos;
el vate, con palabras de consuelo,
debe elevar su acento soberano,
y consagrar, con la canción del cielo,
no su dolor, sino el dolor humano!

Sacro blandón que en la capilla austera
arde sin tregua, como ofrenda clara,
y consume su pábilo y su cera
por disipar la lobreguez del ara;

vaso glorioso en donde Dios resume
cuanto es amor, y que para alto ejemplo
gasta y pierde su llama y su perfume
por incensar en derredor el templo;
sublime Don Quijote que ambiciona
caer al fin entre el fragor del rayo,
torcida y despuntada la tizona
y abierto y rojo por delante el sayo;
ave fénix que en fúlgidas empresas
aviva el fuego de su hoguera dura,
y muere convirtiéndose en pavesas
de que renace victoriosa y pura . . .
¡Eso es el bardo en su fatal destierro!
Cantar a Filis por su dulce nombre,
cuando grita el clarín: ¡despierta, hierro!
¡Eso no es ser poeta, ni ser hombre!

Mientras la musa de oropel y armiño
excecra el polvo por amar la nube,
y hace sus plumas con la fe de un niño
y hacia un azul imaginario sube;
mientras Ofelia, con el pecho herido
por Hamlet y sus trágicos empeños,
marcha a las ondas del eterno olvido,
cogiendo flores y cantando sueños;
el numen varonil entra en la arena,
prefiriendo al delirio y al celaje
la ciudad con sus ruidos de colmena
y el pueblo con sus furias de oleaje;

y contempla la tierra purpurada,
y toma y alza, con piedad sencilla,
un montón de esa arcilla ensangrentada....
y ese montón de ensangrentada arcilla
adquiere vida entre su mano estoica,
vida inmortal y fulgurantes alas,
y en él respira una belleza heroica,
como en la estatua de la antigua Palas!

Guardar silencio y poseer la trompa,
la recia trompa a cuya voz no exigua
vendría a tierra, con su estéril pompa,
el muro hostil de la ciudad antigua;
ser un Aquiles que a la lid prefiera
recordar a Briseida en el retiro,
aunque Patroclo batallando muera.....
¡Eso es mentir a Dios! ¡Pero qué miro!
Cual la crin de un raudal que de alto arranca,
tus cabellos se agitan....¡Oh maestro!
¿Por qué sacudes la cabeza blanca,
cual si quisieras arrojar el estro?
¿Por qué no te alzas a la faz de Harmodio,
y no repeles, cuando Atenas grita,
esa montaña de calumnia y odio
que sobre tu hombro de titán gravita?
Tu Etna será para tu fuerza flojo;
confía en ti y a tu misión no faltes,
que al hado cruel que lapidó tu arrojo
irá el volcán cuando debajo saltes!

¡Rompe en un himno que parezca un trueno!
El mal impera de la choza al solio;
todo es dolor o iniquidad o cieno;
pueblo, tropa, senado y capitolio.
¡Canta la historia al porvenir que asoma,
como Suetonio y Tácito la escriben!
¡Cántala así, mientras en esta Roma
Tiberios reinen y Seyanos priven!
¡Abre la puerta al entusiasmo ausente;
mueve de un grito el desusado gonce;
y como a chorros de fusión ardiente,
vierte en los mimbres el vigor del bronce!
¡Derrama el verbo cuyos soplos crean
la fe que anima y el valor que salva,
y que a tu acento nuestras almas sean
como tinieblas que atraviesa el alba!
Para el poeta de divina lengua
nada es estéril, ni la misma escoria.
Si cuanto bulle en derredor es mengua,
sobre la mengua esparcirás la gloria!

DE LASCAS.

A MIS VERSOS.

Insensibles a fiestas y grimas
y con alas de luz de centellas,
pero esquivos a cautas doncellas,
difundíos por gentes y climas.

No sois gemas inmunes a limas
y con lampos de fijas estrellas,
sino chispas de golpes y mellas
y ardéis lascas de piedras de simas.

Pero hay siempre valer en las rimas.
¿Por qué duran refranes? Por ellas,
y no suelen llevarlas opimas.

Id, las mías, deformes o bellas:
inspirad repugnancias o estimas,
pero no sin dejar hondas huellas.

ECCE HOMO.

Sé que la humana fibra
a la emoción se libra,
pero que menos vibra
al goce que al dolor.

Y en arte no me ofusco;
y para el himno busco
la estética del brusco
estímulo mayor.

Mas no en aleve audacia
demando a la falacia
la intensa y cruda gracia,
como un juglar sutil.
A la verdad ajusto
el calculado gusto,
bajo el pincel adusto
y el trágico buril.

Y el daño es tema propio
a mí, que bebo en opio
el sueño, y hago acopio
de lágrimas de hiel.
Estudio y peso y mido;
y al rudo esfuerzo pido
un bálsamo de olvido
y un ramo de laurel.

Fatiga y pena ignotas
soltaron acres gotas,
que son espumas rotas
al pie del bogador.
¡Sondad en mi «lirismo»,
como en el ponto mismo,
un vasto y fiero abismo
de llanto y de sudor!

¡Oh fe y piedad radiosas,
que al polvo de las fosas
ponéis alas hermosas
con que poder volar!
¡Oh dulces manos bellas,
que al son de las querellas
venís de las estrellas
a ungir y acariciar!

Ni el santo influjo vuestro
suaviza mi siniestro
destino, donde un estro
enrosca y alza luz.
Y a empuje por caída,
avanzo más la vida,
maltrecha y abatida
como arrastrada cruz.

Mi gloria está en la nube
que por el cielo sube,
llevando, no un querube
sino una tempestad,
y en el fulgor que anima
la yerma y blanca cima,
la cumbre que sublima
tristeza y soledad!

A UNA ARAUCARIA.

¡Bien hayas, himno verde, que sublimas
en estrelladas y soberbias rimas
triunfante numen, y a cantar animas!

En la punta prolífica y derecha
de tu plumada y elegante flecha,
mirlo garrulador plañe una endecha.

Y abro el ala parnáside, y al crudo
viento del agrio Cofre la sacudo,
y con bárbara trova te saludo.

Corvas uñas, que amagan como en rabos
de incógnitos á mí reptiles bravos,
echas por hojas en alternos cabos.

Y si la llama del rencor me ciñe
corazón y laúd, la nota riñe
y el verso es garra que la sangre tiñe.

¡Cuán peregrina con tus frondas nuevas!
Imán y encanto a las miradas pruebas
en las guirnaldas que a las nubes llevas.

Extraño soy también, y más atraigo
con prez que ostento y con baldón que raigo,
y de mayor encumbramiento caigo.

A mirífica lumbre te abandonas,
e iridiscentes lágrimas temblonas
adiamantan y emperlan tus coronas.

Y ardo en estro de amor, y no hay rocío
como el que cubre las que a Dios envío
ansias de que me cure el ángel mío.

¡En ti mi nombre que grabé se mezca!
¡Tal vez lo guardarás de que perezca!
¡Sólo así podrá ser que dure y crezca!

Xalapa, Septiembre de 1,896.

A UN JORNALERO.

Lírica gracia exorna y ennoblece
¡oh proletario! tu mansión mezquina:
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina.

Sospechoso el tugurio no parece,
cuando hay en él como señal divina,
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina.

¡Lúgubre la morada que guarece
miseria que no luce, por mohina,
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina!

¡Siniestro el pobre que de hogar carece,
o a su triste refugio no destina
el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina!

ENGARCE.

El misterio nocturno era divino.
Eudora estaba como nunca bella,
y tenía en los ojos la centella,
la luz de un gozo conquistado al vino.

De alto balcón apostrofóme a tino;
y rostro al cielo departí con ella
tierno y audaz, como con una estrella....
¡Oh qué timbre de voz trémulo y fino!

¡Y aquel fruto vedado e indiscreto
se puso el manto, se quitó el decoro,
y fué conmigo a responder a un reto!

¡Aventura feliz!—La rememoro
con inútil afán; y en un soneto
monto un suspiro como perla en oro.

Veracruz. Julio de 1900.

PEPILLA.

Como viste ropaje tan leve,
me da pesadumbres,
pues él filtra y enseña vislumbres
de la carne de rosa y de nieve.
¡Y qué andar! La mocita se mueve
con garbo de chula.
Viene y va, y en la marcha modula
un canto de líneas;
y en las formas, apenas virgíneas,
una gracia de sierpe le undula.

Como el sándalo emite una esencia,
la chica rebosa
acre aroma de opima y jugosa
pubertad en febril abstinencia.
Se revuelve con mucha violencia
y a veces me humilla.
Bien aprecia su gran pantorrilla;
y así, no le importa
que propulse la falda ya corta
y eche a vuelo por alto la orilla.

Con sus ojos de ardiente demonio,
que ven al soslayo,
quebrantara de un golpe de rayo
la virtud de cualquier San Antonio.

En la espuma del mar sacro al jonio,
deidad menos bella
sacudió, remedando una estrella,
el suelto y profuso
y dorado borlón, cuando impuso
con el iris al nácar la huella.

Si en celoso y colérico ensayo
increpo y rezongo,
por traer al misterio del hongo
flor triunfal en su pompa de mayo,—
la doncella me tira del sayo
y a veces me aguisa;
pero no sin mostrarse insumisa
y osada y segura,
y con timbre de plata murmura,
entre granas y perlas de risa:

«Hembra linda no pierde la gloria
por macho importuno:
debe ser a los más, y no a uno,
esplendor y delicia y memoria.
La hermosura inhonesta y notoria
contenta el Destino;
que quien hace con mágico tino
labor esmerada,
no la tiene para una mirada
y un placer en el breve camino».

GRIS DE PERLA.

Siempre aguijo el ingenio en la lírica; y él en vano al misterio se asoma
a buscar a la flor del Deseo vaso digno del puro Ideal.
¡Quién hiciera una trova tan dulce, que al espíritu fuese un aroma,
un ungüento de suaves caricias, con suspiros de luz musical!

Por desdén a la pista plebeya, la Ilusión empinada en su loma
quiere asir, ante límpidas nubes, virtud alta en sutil material;
pero el Alma en el barro se yergue, y el magnífico afán se desploma,—
y revuelca sus nobles armiños en el negro y batido fangal.

La palabra en el metro resulta baja y fútil pirueta en maroma;
y un funámbulo erecto pontífice lleva manto de pompa caudal;
y si el Gusto en sus ricas finezas pide nuevo poder al idioma,

aseméjase al ángel rebelde que concita en el reino del mal!
¡Quién hiciera una trova tan dulce, que al espíritu fuese un aroma,
un ungüento de suaves caricias, con suspiros de luz musical!

EL PREDESTINADO.

Bajo el ronco motín que grita muerte,
el sagrado bajel cruge de suerte
que semeja reír. – El genio es fuerte;

y aun ante indicios de locura o dolo,
no culpa de falaz a Marco Polo,
y se obstina en creer, inmenso y solo.

Su fe suele medrar cuando vacila....
¡Así la llama del hachón oscila
al viento, y es mayor por intranquila!

En el ignoto piélago la nave
sigue al azar el ímpetu de un ave.
¿A dónde va? ¡Ni el Genovés lo sabe!

A la esperanza el mísero se aferra,
como a la tabla el náufrago que yerra
en la furia del mar.—La noche cierra.

Bien luego magnifica su corona....
¡Y es que Dios con su soplo hincha la lona,
desde los astros de la nueva zona!

Voz que nace al timón sube a la caña.....
¡El ponto bulle con cadencia extraña
y parece que dice: ¡viva España!

Colón, en pie sobre la prora, mira....
¡Y en el cordaje un hálito respira
y canta, como un estro en una lira!

Franja de luna por el agua riela....
¡Y al grande hombre simula rica estela,
rastro de victoriosa carabela!

EJEMPLO.

En la rama el expuesto cadáver se pudría,
como un horrible fruto colgante junto al tallo,
rindiendo testimonio de inverosímil fallo
y con ritmo de péndola oscilando en la vía.

La desnudez impúdica, la lengua que salía,
y alto mechón en forma de una cresta de gallo,
dábanle aspecto bufo; y al pie de mi caballo
un grupo de arrapiezos holgábase y reía.

Y el fúnebre despojo, con la cabeza gacha,
escandaloso y túmido en el verde patíbulo,
desparramaba hedores en brisa como racha,

mecido con solemnes compases de turíbulo.
Y el Sol iba en ascenso por un azul sin tacha,
y el campo era figura de una canción de Tíbulo.

EXCELSIOR.

Conservo de la injuria,
no la ignominia; pero sí la marca.
¡Sentíme sin honor, cegué de furia,
y recogílo de sangrienta charca!

Y hórrido amago suena....
¡Así la racha en el desierto zumba,
cuando en crecientes vórtices de arena
corre a ceñir al árabe la tumba!

¡Infames! Os agravia
que un alma superior aliente y vibre;
y en vuestro miedo, trastrocado en rabia,
vejáis cautivo al que adularais libre.

Cruel fortuna dispensa
favor al odio de que hacéis alardes.
Estoy preso, caído, sin defensa.....
¡Podéis herir y escarnecer, cobardes!

Al mal dolos procuren
fuerza y laurel que la razón no alcanza.
¡Aun sé cantar; y en versos que perduren
publicaré a los siglos mi venganza!

Sobre la impura huella
del fraude, la verdad austera y sola
brilla, como el silencio de una estrella
por encima del ruido de una ola.

Cárcel de Veracruz. Julio de 1,892.

LA ORACIÓN DEL PRESO.

SEÑOR, tenme piedad, aunque a ti clame
sin fe! Perdona que te niegue o riña
y al ara tienda con bochorno infame!

Vuelvo al antiguo altar. No en vano ciña
guirnaldas a un león y desparrame
riego que pueda prosperar tu viña!

Líbrame por merced, como te plugo
a Bautista y Apóstol en Judea,
ya que no me suicido ni me fugo!

Inclínate al cautivo que flaquea;
y salvo, como Juan por el verdugo,
o como Pedro por el ángel, sea!

Habito un orco infecto; y en el manto
resulto cebo a chinche y pulga y piojo;
y afuera el odio me calumnia en tanto!

¿Qué mal obré para tamaño enojo?
El honor del poeta es nimbo santo
y la sangre de un vil es fango rojo!

Mi pobre padre cultivó el desierto.
Era un hombre de bien, un sabio artista,
y de vergüenza y de pesar ha muerto!

¡Oh mis querubes!—Con turbada vista
columbro ahora el celestial e incierto
grupo que aguarda, y a quien todo atrista!

Y oigo un sordo piar de nido en rama,
un bullir de polluelos ante azores;
y el soplado tizón encumbra llama!

Dios de Israel, acude a mis amores;
y rían a manera de la grama,
que hasta batida por los pies da flores!

Cárcel de Veracruz. Septiempre de 1,895.

LA CANCIÓN DEL PAJE.

Tan abierta de brazos como de piernas,
tocas el harpa y ludes madera y oro.
Dejo al mueble la plaza por el decoro,
y contemplo caricias a hurgarme tiernas.

A tu ardor me figuras y subalternas
en la intención del alma que bien exploro,
y en el roce del cuerpo con el sonoro
y opulento artefacto que mal gobiernas.

Y tanto me convidas, que ya me infiernas;
y refrenado y mudo finjo que ignoro,
para que si hay ultraje no lo disciernas.

Por fiel a un noble amigo pierdo un tesoro....
Tan abierta de brazos como de piernas,
tocas el arpa y ludes madera y oro.

CANCION MEDIOEVAL.

¡Oh tú la de crin rubia, luenga y rizada,
que caída en torrente barre las losas,
y que volando incita las mariposas,
porque así luce aspecto de llamarada!

Linajuda Regina que, por taimada,
finges al viejo duque modelo a esposas,
y de sus canas dices honestas cosas,
más dignas de la espuma de una cascada!

Ven y place al que tiene la voz dorada,
y perennes ortigas y eternas rosas,
y en el talón espuela y al cinto espada!

No ignores que los himnos hacen las diosas
¡oh tú la de crin rubia, luenga y rizada,
que caída en torrente barre las losas!

MUSICA DE SCHUBERT.

Crin que al aire te vuela, rizada y bruna,
parece a mis ahogos humo en fogata;
y del harpa desprendes la serenata
divinamente triste, como la luna.

Y del celo ardoroso despides una
fragancia de resina; y él te dilata
ojo que resplandece con luz de plata,
como en la sombra el vidrio de la laguna.

Mas tu marido llega, con su fortuna,
nos dice dos lisonjas, va por su bata,
y al dormido chicuelo besa en la cuna.

Y mientras que te tiñes en escarlata,
crin que al aire te vuela, rizada y bruna,
parece a mis ahogos humo en fogata.

MÚSICA FÚNEBRE.

Mi corazón percibe, sueña y presume.
Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Y frío de alta zona hiela y entume;
y luz de sol poniente colora y rasa,
y fe de gloria empírea pugna y fracasa,
como en ensayos torpes un ala implume!

El sublime concierto llena la casa;
y en medio de la sorda y estulta masa,
mi corazón percibe, sueña y presume.

Y como envuelta en oro tejido en gasa,
la tristeza de Verdi suspira y pasa
en la cadencia fina como un perfume.

Diciembre de 1,899.

VIGILIA Y SUEÑO.

La moza lucha con el mancebo,—
su prometido y hermoso efebo,—
y vence a costa de un traje nuevo.

Y huye sin mancha ni deterioro
en la pureza y en el decoro,
y es un gran lirio de nieve y oro.

Y entre la sombra solemne y bruna,
yerra en el mate jardín, cual una
visión compuesta de aroma y luna.

Y gana el cuarto y ante un espejo,
y con orgullo de amargo dejo,
cambia sonrisas con un reflejo.

Y echa cerrojos, y se desnuda,
y al catre asciende blanca y velluda,
y aun desvestida se quema y suda.

Y a mal pabilo, tras corto ruego,
sopla y apaga la flor de fuego,
y a la negrura pide sosiego.

Y duerme a poco. Y en un espanto,
y en una lumbre, y en un encanto,
forja un suceso digno de un canto.

¡Sueña que yace sujeta y sola
en un celaje que se arrebola,
y que un querube llega y la viola!

NOX.

No hay almíbar ni aroma
como tu charla.....
¿Qué pastilla olorosa
y azucarada
disolverá en tu boca
su miel y su ámbar,
cuando conmigo a solas
¡oh virgen! hablas?

La fiesta de tu boda
será mañana.

A la nocturna gloria
vuelves la cara,
linda más que las rosas
de la ventana;
y tu guedeja blonda
vuela en el aura
y por azar me toca
la faz turbada....

La fiesta de tu boda
será mañana.

Un cometa en la sombra
prende una cábala.
Es emblema que llora,
signo que canta.
El astro tiene forma
de punto y raya:
representa una nota,
pinta una lágrima!

La fiesta de tu boda
será mañana.

En invisible tropa
las grullas pasan,
batiendo en alta zona
potentes alas;
y lúgubres y roncas
gritan y espantan .....
¡Parece que deploran
una desgracia!

La fiesta de tu boda
será mañana.

Nubecilla que flota,
que asciende o baja,
languidecida y floja,
solemne y blanca,

muestra señal simbólica
de doble traza:
finge un velo de novia
y una mortaja!

La fiesta de tu boda
será mañana.

Junto al cendal que toma
figura mágica,
Escorpión interroga,
mientras que su alfa
es carmesí que brota,
nuncio que sangra.....
¡Y Amor y Duelo aprontan
distintas armas!

La fiesta de tu boda
será mañana.

¡Ah! Si la Tierra sórdida
que por las vastas
oquedades enrolla
su curva esclava,
diese fin a sus rondas
y resultara
desvanecida en borlas
de tenue gasa....!

La fiesta de tu boda
será mañana.

El mar con débil ola
tiembla en la playa,
y no inunda ni ahoga
pueblos, ni nada.
Del fuego de Sodoma
no miro brasa,
y la centellá es rota
flecha en aljaba.

La fiesta de tu boda
será mañana.

¡Oh Tirsa! Ya es la hora.
Valor me falta;
y en un trino de alondra
me dejo el alma.
Un comienzo de aurora
tiende su nácar,
y Lucifer asoma
su perla pálida.

DEA.

Recio y amplio edificio, que no brilla
por la elegancia y el primor del arte.
Fué convento y capilla
y es hospital. Elévase a la orilla
del mar, hacia la parte
de Oriente, por la cual hay un baluarte,—

de dos que duran a evocar memoria
de antiguos tiempos de tumulto y gloria.

Junto a ríspida rampa de granito,
roña de ruinas y despojos muerde
restos de la muralla de circuito,
que son postrer vestigio que se pierde;
y entre la playa bruna y el amparo
de los pacientes míseros, un claro
borda en rústico alarde alfombra verde.

Al Norte, recta y espaciosa vía,
que a un lado y otro del arroyo cría
y a despecho del régimen propaga
mantos de zacatillo y verdolaga;
y que a un extremo y a cerrar el fondo
tiene un médano gris, enhiesto y mondo.

Al Sur, y herboso como inculto predio,
un parquecillo ruin en cuyo medio
un zócalo mezquino espera en vano,
con una obstinación que infunde tedio,
la estatua de un grande hombre mexicano.

He ahí mi asilo y el contorno.—Cruda
flegmasía me trajo de mazmorra
a celda en que perezco de modorra
y que, quizá por imitarme, suda.
Compasivo guardián me imparte ayuda;
y cuando halla ocasión, me da permiso
de visitar un rato el paraíso.

Y a frescos y desnudos corredores,
que rodean en cuadro un patiezuelo,
salgo a ver sonreír frondas y flores,
y a mostrar a la fe de mis dolores
un pedacito del azul del cielo.
Y de gracia mi espíritu se viste;
y entonces me pregunto si la suerte
hará otra miel como la paz del fuerte
y otro esplendor como el placer del triste.

Holgábame una vez en tal encanto;
y una moza, con rostro de delirio,
pasó, blanca y derecha como un cirio,
lírica y turbadora como un canto,
odorífera y prócer como un lirio.
Parecía ilusión de la mirada.
Iba con paso cadencioso y lento,
y alba ropa de lino almidonada,
y un susurro de brisa en enramada,
y cual fuego la crin volando al viento.
Era de tarde, por abril que adoro,
y en un silencio perturbado apenas;
y efluvios de azahares y azucenas
desleían al sol ámbar en oro.

Quedéme absorto y lúgubre. Sufría
présaga desazón —¡Oh imagen pía!
ancha y tersa la frente sin pecado,
helénica nariz, boca de fresa,

zarco el ojo de antílope asustado,
elación y decoro de princesa
y un secreto de angustia en un nublado:
¡así te llevo en el sensorio impresa!

Costumbre de inquirir, sabia y notoria,
a la que rindo y pagaré tributo,
movióme a interrogar. Y oí una historia.
¿A quién? A un servidor del instituto,
a un cubano feraz en viles tretas,
a un practicante crapuloso y pigre,
a un mancebo de sórdidas chancletas,
facha de orangután, gesto de tigre.
Pero atended. Su relación incluye
un imán de rumor de agua que fluye.

«La doncella gentil se llama Dea.
Su padre, Juan Falot, vino de zuavo;
y aquí, como en Italia y en Crimea,
ganó prez en las lides como bravo.
Herido y preso en Camarón, no pudo
seguir, camino a Francia, el regimiento;
y ya en salud y en libertad, a rudo
trabajo demandó noble sustento.
Cansado de labrar y con su ahorro,
adquirióse un tenducho y un ventorro.
Y casó con la reina del poblacho,
una mujer de singular trapío,
modesta y cauta sin ficción ni empacho,
y enemiga mortal de todo lío.

Y los meses corrieron; y la esposa
engordaba, soñando con querubes;
y una chica nació sana y hermosa,
con un cutis de pétalos de rosa
y un olor como de astros y de nubes.

«¡Qué suplicio el del parto! ¡Cuál estreno!
Fruto de humano amor cumple lo escrito:
no se desgaja sin romper un seno
y no respira sin lanzar un grito!
Fausto auroral surgió del horizonte;
y a la sangrienta luz que despuntaba,
y en el aroma del cercano monte,
y en las perlas de un trino de sinsonte,
¡ay! la madre infeliz agonizaba.
Por hemorragia sucumbió al puerperio.
El cadáver cayó bajo el imperio
de la Química, numen de las cosas;
y es en el más humilde cementerio
polvo siempre fecundo en tuberosas.
Pero alma de valer, limpia y cristiana,
yergue aliento que nunca se consume;
y aquélla se fué a Dios como un perfume,
disuelta en el carmín de la mañana.

«El pobre viudo encaneció en un día.
¡Cuán tierno y delicado a la pequeña
el que antes, por su indúctil ardentía,
resultaba feroz bajo la enseña!

Arrapiezo el «BEBÉ», y en la dulzura
del mimo, y al alcance de la mano,
campó sin probar gota de amargura.
¡Frágil y bullidor, lindo y ufano
colibrí del vergel de la ventura!
Su aspecto de pictórico angelito,
su inventiva, su charla, su despejo,
aliviaban con bálsamo exquisito
el ulcerado corazón del viejo.

«¡Precoz muchacha! con presteza suma
se adiestraba en su hogar, según crecía;
y llegó con el medro de la espuma
a la núbil y sacra lozanía.
Y en gusto y dignidad honró penates,
y en cuidar su conducta puso esmero;
y escuchando episodios de combates,
retempló su virtud como un acero.
Jamás anduvo en triscas de festines;
y sola con sus caras aficiones,
vivió en intimidad con sus jazmines
y hablábase de tú con sus gorriones.
Su pensamiento, si salvaba el muro,
era de fijo en el espacio, allende,
como el soplo sutil, cimero y puro
que por alto pinar vibra y trasciende».

Al estro el narrador detuvo el giro,
y luego continuó, tras un suspiro.

«Al destino la dicha es una injuria
y el oasis un tósigo al desierto.
El anciano «enfermó» de albuminuria
y con la virgen transladóse al puerto.
Arriba está. Malísimo, por cierto,
y de congoja convertido en furia.
La bella y santa joven,—que reside
no lejos, en unión de unas beatas,—
acude con frecuencia y lo decide
a someterse a pócimas y natas.
Y bebe horrible hiel en vasta copa;
y con firme palabra y sin misterio,
dice que pronto marcharáse a Europa
a gemir su orfandad a un monasterio.
Musca jerga y nevada muselina
ofrecen a la mártir hechicera
disfraz de prodigiosa golondrina,
palma en inmarcesible primavera »

Veracruz. Hospital de San Sebastián. Mayo de 1,895.

CLAUDIA.

Con hermana y cuñado veranea
en quinta señoril, sobre un ribazo,
asiento y gracia de salubre aldea.

Y no pára en el rústico regazo;
y es como una paloma que aletea
por eludir o quebrantar un lazo.

¡Un amor doloroso e inconfeso
que le punza la sien como una espina,
y que le sella el labio como un beso;
y que no es como un fruto que se inclina
en débil fibra, por el grave peso,
y cae a la primera ventolina!

Como helénica estatua, por la suma
corrección de la forma; tez morena;
negror y lustre de corvina pluma
en la rizada y pródiga melena;
y ojos que afectan, en su gris de bruma,
transparencias de linfa sobre arena.

¡Y qué voz! ¡Cómo vibra en cada nota!
Cambia de timbre y tono en un instante.
Emperlada y sutil fluye y borbota,
cual por lecho de guijas onda errante;
y en transición violenta rompe y brota
con aristas que hirieran el diamante.

¡Hermosura infeliz! Arrostra y huella
fiero cráter; y a guisa de aureola,
ciñe y carga en la frente una centella.
A un deber sacratísimo se inmola;
y arde con el sigilo de una estrella
en los nublados indistinta y sola.

Prueba coraza en donde sufre injuria;
halla en su doble ser ímpetu y traba;
y hervorosa de honor y de lujuria,
y a un mismo tiempo meritoria y prava,
muestra el pesar, la humillación, la furia
de una deidad que se sintiera esclava.

Huye del trato y se resiste al brillo;
y busca en el encierro una quimera:
la paz del corazón puro y sencillo.
¡Como si por milagro consiguiera,
al golpe de la puerta en el pestillo,
burlar sus cuitas y dejarlas fuera!

En pequeño batel hiende la rada,
rigiendo con primor caña y escota;
y dice a la tormenta: «camarada»!
Y en el peligro y sin temerlo flota;
y de todo su afán no arroja nada
en su curso y su grito de gaviota!

¡Pobre mujer! Al rayo de la Luna,
pasea su desvelo y su histerismo,
lamentando el rigor de su fortuna.
Conversa con un faro del abismo;
y a los misterios de la noche aduna
su secreto, su oprobio, su heroísmo.

¡Admirable amazona la doncella!
Pide un corcel, y en el sillín se planta,
nerviosa y ágil, cimbradora y bella;

y parte con un nudo en la garganta;
y compele y fustiga y atropella....
¡y a su cruel torcedor no se adelanta!

Porta en alto su nombre, como el lirio
su estambre, la palmera su verdura,
su airón el casco, su fulgor el cirio,
la fe su emblema y el volcán su albura,
y a veces los antojos de un delirio
infiernan a la extraña criatura.

Y en el espasmo súbito que al vuelo
de la colgante y columpiada soga
muerde y crispa las carnes del chicuelo, —
Claudia, gime, se increpa, se desfoga,
y a pezones erguidos mira el cielo,
y aun osa blasfemar, porque se ahoga.

Y luego ante una efigie se arrodilla;
y ¡ay! no logra en la espuma del torrente
aferrarse a la rama de la orilla.
Plañe y ora, confusa y penitente;
dase a Dios, azorada y amarilla;
y en un vértigo va por la corriente!

¡Ciega y tenaz la religión del triste
que demanda mercedes que no alcanza
y en adorar por obtener insiste!
¡Cándida y portentosa confianza
en una Providencia que no existe
en otra inmensidad que la esperanza!

*
* *

Cabe un lago de múrice,—como radial corona,
o escudo excelso y nítido, el Sol occiduo esplende;
y por el claro piélago inflada y sesga lona
resbala, con un ósculo del astro que desciende.

El mísero casucho y la soberbia granja
ostentan igual fausto, bermejo al par que blondo,
y entre plomizas nubes aurina y crespa franja
corta de Oriente a Ocaso el curvo y zarco fondo.

¡Mirífico el paisaje! Cromáticos vapores
ruedan en copos fúsiles, que un hálito desliga;
y de arrebol purpúreos los bueyes aradores
surcan los mondos predios y mugen de fatiga.

En áspera y herbosa ladera que dilata
sus pliegues en profuso y ameno desarrollo,
lanuda grey blanquea, como bullente plata
que sobre ponto glauco revela oculto escollo.

En el confín las cumbres, cubiertas de celajes,
suspenden y subliman la extremidad agreste.
Así en pos de una prócer las manos de los pajes
levantan y sustentan la fimbria de la veste.

El fango en la hondonada resulta pedrería;
los pájaros gorjean en tumultuario coro;
y oblicuo el trapo túrgido, el barquichuelo estría
un mar que arruga en rasos el índigo y el oro.

Pero por amplio rumbo, abajo abierto adrede,
la nave se rellena de líquido salobre.
La tarde se destiñe y a la penumbra cede
y el magno dombo asume la pátina del cobre.

Obscuro y vago aspecto de lira se dibuja
al Noroeste; rachas con lúgubre harmonía
llegan; y el agua es cólera que gruñe y salta y puja
y con fragor voltea nevada serranía.

Y cual humoso aroma venido por encanto
desde una catacumba que la piedad inciensa,
una melancolía de iglesia y campo santo
se añade augusta y fúnebre a la borrasca intensa.

Sentada en el esquife, y con sayal de luto,
y sueltos en dos alas convulsas los cabellos,
y al firmamento el rostro, ya cárdeno y enjuto,
la joven ve apagarse los últimos destellos.

Y en su ánimo y su orgullo, que de temblar la eximen,
se forja en la catástrofe patrañas prodigiosas:
figúrase que reina en el horror de un crimen
tan grande, que perturba el orden de las cosas.

Rabia y estruendo y caos. Ni un plácido reflejo.
Ni rútilos encajes, ni sábanas carmíneas.
¡Hostil y enorme cúpula, como de bronce viejo,
arquea, parda y próxima, sus implacables líneas!

¡Hora siniestra y larga, fatídica y suprema!
El bote combatido e hidrópico se hunde;

y cual de miedo loca, la vela en jiras trema
en las silbantes ráfagas; y la tiniebla cunde.

¡Ola que airada y túmida y resonante meces
en tus agruras íntimas el trágico despojo:
ten lástima y resérvalo al hambre de los peces,
o recogido y grávido publicará un sonrojo!

AVERNUS.

El es un recio astur, que se reputa
claro y puro y tenaz como un diamante;
y ella una montañesa,—diminuta
como todo primor,—suelta y picante.

Y en una quiebra, convertida en huerto,
habitan, por azares, un casucho,
con un mozo andaluz, guapo, despierto,
y en corromper a las labriegas ducho.

El marido es feliz. Tiene por Norte
el propio ensueño en la fortuna extraña:
conservar el amor de la consorte,
y con él y un caudal volver a España.

¡Oh ilusión, rica y tenue como un halo!
Eres gracia y piedad y no ironía.
El dios propicio, que sucumbe al malo,
te insufla, porque brega todavía!

¡Espantoso el temblor, que de improviso
cambia el curso a las linfas, y despeña
la roca y el alud, y agrieta el piso,
y torna el pobre hogar montón de leña!

El campesino acude; y en acento
que al mismo pedernal abriera estría,
arroja como un dardo al firmamento
un nombre de mujer: el de María.

¡Luto y desolación! ¡Ruina y tortura!
—El mísero patán busca y remueve;
y, tras larga faena, se figura
que percibe un albor como de nieve.

Escombra con afán y se aproxima....
¡Y ve dos cuerpos cual de mate yeso,
desnudos, enlazados, uno encima
del otro, muertos en la flor del beso!

El Poniente descoge su escarlata;
y, como signos de crudeza y lloro,
Selene muestra su segur de plata
y Véspero su lágrima de oro.

¡Desdichado Ginés! Odia la vida,
y arma la diestra con agudo acero ....
¿En dónde los despojos del suicida?
En sepulcro sin cruz y sin letrero.

En fosa que la grama disimula,
al pie de un árbol que resulta emblema,

pues parece un dolor que gesticula
en una contorsión brusca y suprema.

Del zafio, cuya forma ya no existe,
el espíritu aun es;—y con sus celos,
igualmente inexhaustos, vaga triste
y colérico y solo por los cielos.

Y con voz de retumbo de caverna
lanza en la sombra pavoroso grito:
«¡Maldición para el alma, por eterna,
¡ay! porque su tormento es infinito!»

NOTA.—En un periódico, cuyo título no recuerdo, leí, en la «sección de variedades», una prosa anónima, una relación primorosamente lúgubre.—Un hombre joven, hermoso, noble y rico, habitaba en Italia un campestre palacete, en unión de su esposa, a quien adoraba, y de la cual creía ser muy querido. La mujer era bellísima; pero *pérfida como la onda.* Un terremoto sacudió la comarca, y echó abajo la opulenta mansión rústica. El marido estaba ausente. A su vuelta, dió con las ruinas de su casa y de su felicidad;—y, haciendo enormes esfuerzos, sacó de los escombros..... dos cadáveres desnudos y enlazados: el de la cónyuge y el de un amante desconocido. Y perdió la razón.—

Mi «Avernus» procede de ahí. Tomé el fondo de la narración, puse otras circunstancias, y jugué con la idea de la inmortalidad del alma.

CINTAS DE SOL.

I.

La joven madre perdió a su hijo,
se ha vuelto loca y está en su lecho.
Eleva un brazo, descubre un pecho,
suma las líneas de un enredijo.

El dedo en alto y el ojo fijo,
cuenta las curvas de adorno al techo,
y muestra un rubro pezón, derecho
como en espasmo y ardor de rijo.

En la vidriera cortina rala
tensa y purpúrea cierne curiosa
lumbre, que tiñe su tenue gala.

Y roja lengua cae y se posa
y con delicia treme y resbala
en el erecto botón de rosa!

II

Cerca el marido forma concierto:
ofrece al torpe fulgor del día
desesperada melancolía;
y en la cicuta prueba el desierto!

¡Ah! Los olivos del sacro huerto
guardan congoja ligera y pía.

El hombre sufre doble agonía:
la esposa insana y el niño muerto!

Y no concibe suerte más dura;
y con el puño crispado azota
la sien, y plañe su desventura.

Llora en un lampo la dicha rota;
y el rayo juega con la tortura
y enciende un iris en cada gota!

III

Así la lira.—¿Qué grave duelo
rima el sollozo y enjoya el luto,
y a la insolencia paga tributo,
y en la jactancia procura vuelo?

¿Qué mano digna recama el velo
y la ponzoña del triste fruto,
y al egoísmo del verso bruto
inmola el alma que mira el cielo?

La poesía canta la historia;
y pone,—fértil en pompa espuria,—
a mal de infierno burla de gloria!

Es implacable como una furia,
y pegadiza como una escoria,
e irreverente como una injuria!

BEATUS ILLE.....

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a ti brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay! a torturas y a furores hecho!

De la cándida oveja
que a sombra trisca en hondonada bruna,
o la cabra bermeja
que asoma en alta duna
su hocico rojo de carmín de tuna,—

ubre sana y henchida
regala el apetito, aquí no escaso,
con leche que, bebida,
vale a dormir al raso
y deja untado y azuloso el vaso.

¡Mesa digna de un justo
¡oh Gay! la tuya, que de carne y vino
te guarda exento el gusto,
y no a perder el tino
es ocasión, ni a víctimas destino!

Égloga virgiliana
abre y radica en tu heredad el seno,
y de tu boca mana

en trasunto sereno
y con almíbar oloroso a heno.

Antigua prez no humilla
claro vestigio a torpe muchedumbre:
él en tu ingenio brilla,
como postrera lumbre
de occiduo sol, en levantada cumbre.

¡Plácidos los que orean
mi frente, que a baldón opone orgullo,
hálitos que menean
las frondas, con murmullo
grato al reposo, cual materno arrullo!

Mas no Favonio engríe
el délfico laurel. Zozobras calma,
y susurrando ríe
de la ceñida palma,
con un desprecio que perfuma el alma!

¡Oh paz agreste! ¡Cuánto
a quien se acoge a ti brindas provecho!
¡Con qué divino encanto
llenas de olvido el pecho
¡ay! a torturas y a furores hecho!

A la culta o salvaje
corriente del vivir marcas y ahondas
recto y seguro encaje,
que por arenas blondas
al mar la lleva en sosegadas ondas.

Sobre anónima huesa
árbol piadoso y tétrico derrumba
«guirnalda que le pesa»,
pompa que treme y zumba
y caricia y plañido es a la tumba.

La madre tierra es leve
al cadáver que allí se desmorona,
que sólo a un sauce debe,—
en los palmos que abona,—
copioso llanto y liberal corona.

¡AUDACIA!

Basta de timidez.—La gloria esquiva
al que por miedo elude la pelea
y con suspiros lánguidos rastrea,
acogido a la sombra de la oliva.

Sólo una tempestad brusca y altiva
encumbra la pasión y la marea,
y en empinados vórtices pasea
el abismo de abajo en el de arriba!

¡Oh rebelde! Conquista la presea;
goza de la hermosura inebriativa
y horror a los demás tu dicha sea!

Arrostra por la gracia la diatriba,
y en empinados vórtices pasea
el abismo de abajo en el de arriba!

A TI.

Portas al cuello la gentil nobleza
del heráldico lirio; y en la mano
el puro corte del cincel pagano;
y en los ojos abismos de belleza!

Hay en tus rasgos acritud y alteza,
orgullo encrudecido en un arcano;
y resulto en mi prez un vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza!

Quiero pugnar con el amor;—y en vano
mi voluntad se agita y endereza,
como la grama tras el pie tirano!

Humillas mi elación y mi fiereza;
y resulto en mi prez un vil gusano
que a un astro empina la bestial cabeza!

Xalapa. El 25 de mayo de 1,901.

A ELLA.

Semejas esculpida en el más fino
hielo de cumbre sonrojado al beso
del Sol, y tienes ánimo travieso,
y eres embriagadora como el vino!

Y mientes: no imitaste al peregrino
que cruza un monte de penoso acceso,
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Obrando tú como rapaz avieso,
correspondiste con la trampa el trino,
por ver mi pluma y torturarme preso!

No así el viandante que se vuelve a un pino
y párase a escuchar con embeleso
un pájaro que canta en el camino.

Xalapa. El 27 de mayo de 1,901.

DUELO.

Llego entre dos esbirros, que no dudan
de que a un monstruo feroz guardan y aquietar
Gritos desgarradores me saludan
y brazos epilépticos me aprietan.

Suspenso en el umbral callo y vacilo
Alto y grueso blandón muestra y agrava
con lampo incierto el espantable asilo.
La llama treme al soplo, sesga y flava.....
¡Pugna por arrancarse del pabilo
y huír de penas que ilumina esclava!

Sobre mezquino y enlutado lecho,
y en negro traje que semeja extraño,
y las manos unidas en el pecho,
y al vientre hielo y en la faz un paño,
el cuerpo yace inmóvil y derecho.

Y ante la forma en que mi padre ha sido,
lloro, por más que la razón me advierta
que un cadáver no es trono demolido,
ni roto altar, sino prisión desierta.

¿Qué amigo que no acuda y me acompañe?
La turba, que penetra sin permiso,
rodea el catre funeral y plañe;
y en el cercano templo el bronce tañe
lento y lúgubre adiós al manumiso.

Al pueblo el bardo es gracia y no carcoma.
Es como el floripondio de la linde
que cándido y triunfal surge y asoma,
y al polvo de la senda torna y rinde
el noble cáliz y el piadoso aroma.

¡Oh ingenio que subiste, que arribaste
al eminente y suspirado extremo!
¿Por qué de la fortuna te quejaste
en los acentos del dolor supremo?

¡Ay de mí, que rabioso en un erío
y a mitad de la ruta estoy parado;
que anhelo y lucho por cruzar un río
y no hallo puente, ni batel, ni vado;

y miro allá, por campo labrantío
la fausta meta en el opuesto lado,
y el Sol morir, con victorial decoro,
bajo un dosel de púrpura y de oro!

Oigo decir de mi destino a un chusco:
«Talento seductor; pero perdido
en la sombra del mal y del olvido....
Perla rica en las babas de un molusco
encerrado en su concha y escondido
en el fondo de un mar lóbrego y brusco....»

En sublime absorción hurgo la mente:
medito con asombro en ese paso
de todas las estrellas a un Ocaso
que allende una ilusión resulta Oriente.....
Y me inclino arrobado y reverente.

Veracruz. El 4 de enero de 1,895.

EL FANTASMA.

Blancas y finas, y en el manto apenas
visibles, y con aire de azucenas,
las manos—que no rompen mis cadenas.

Azules y con oro enarenados,
como las noches limpias de nublados,
los ojos—que contemplan mis pecados:

Como albo pecho de paloma el cuello;
y como crin de sol barba y cabello;
y como plata el pie descalzo y bello.

Dulce y triste la faz; la veste zarca
Así, del mal sobre la inmensa charca,
Jesús vino a mi unción, como a la barca.

Y abrillantó a mi espíritu la cumbre
con fugaz cuanto rica certidumbre,
como con tintas de refleja lumbre.

Y suele retonar; y me reintegra
la fe que salva y la ilusión que alegra;—
y un relámpago enciende mi alma negra.

Cárcel de Veracruz. El 14 de diciembre de 1,893.

PINCELADAS.

I

Pardas o grises, donde no musgosas,
tres tapias; y cuadrando el vergelillo,
reja oculta en verdor florido en rosas,
que son como de un ámbar amarillo.—

Césped.—Un pozo con brocal de piedra.—
Lirios.—Nardos.—Jazmines.—Heliotropos.—
Un copudo laurel que al sesgo medra,
con telarañas como grandes gropos.—

Un firmamento rubio.—Vésper brilla,
a manera de lágrima que brota
y que creciente y única se orilla
para efundir o evaporar su gota.—

Bien lejos, y en un arco de horizonte,
rica y negral vegetación abunda;
y excediendo los pliegues de tal monte,
y en símbolo de tierra tan fecunda,

volcán enhiesto y cónico alardea,
como en robusta madre teta erguida
que se vierte de túmida y albea
medio empapada en su licor de vida!

II

Como tenue labor, hecha con vaga
nieve ideal por manes de chicuelos,
y que lenta fusión merma y estraga
en la sublime curva de los cielos,—

un trasunto se borra en una nube:
el de un ángel monstruoso por deforme.—
Gloria. Silencio. Paz.—La Luna sube
del término del mar, flava y enorme.

Asciende y disminuye y palidece;
y en el cerco irisado que la inviste
como de sacra majestad,—parece
la cabeza de un dios enfermo y triste.

Y su místico imán turba la calma,
y prende una ala torpe al grave anhelo,
y suscita en el ponto y en el alma
ciego y estéril ímpetu de vuelo.

IDILIO.

A tres leguas de un puerto bullente
que a desbordes y grescas anima,
y al que a un tiempo la gloria y el clima
adornan de palmas la frente,
hay un agrio breñal, y en la cima
de un alcor un casucho acubado,
que de lejos diviso a menudo,
y rindiéndose apoya un costado
en el tronco de un mango copudo.

Distante, la choza resulta montera
con borla y al sesgo sobre una mollera.

El sitio es ingrato, por fétido y hosco.
El cardón, el nopal y la ortiga
prosperan; y el aire trasciende a boñiga,
a marisco y a cieno; y el mosco
pulula y hostiga.

La flora es enérgica para
que indemne y pujante soporte
la furia del soplo del Norte,

que de octubre a febrero no es rara,
y la pródiga lumbre febea,
que de marzo a septiembre caldea.

El Oriente se inflama y colora,
como un ópalo inmenso en un lampo,
y difunde sus tintes de aurora
por piélago y campo.
Y en la magia que irisa y corusca,
una perla de plata se ofusca.

Un prestigio rebelde a la letra,
un misterio inviolable al idioma,
un encanto circula y penetra
y en el alma es edénico aroma.
Con el juego cromático gira,
en los pocos instantes que dura;
y hasta el pecho infernado respira
un olor de inocencia y ventura.
¡Al través de la trágica Historia,
un efluvio de antigua bonanza
viene al hombre, como una memoria,
y acaso como una esperanza!

El ponto es de azogue y apenas palpita.
Un pesado alcatraz ejercita
su instinto de caza en la fresca.
Grave y lento, discurre al soslayo,
escudriña con calma grotesca,
se derrumba cual muerto de un rayo,
sumérgese y pesca.

Y al trotar de un rocín flaco y mocho,
un moreno, que ciñe *moruna*,
transita cantando cadente tontuna
de baile *jarocho*.

Monótono y acre gangueo,
que un pájaro acalla, soltando un gorjeo.

Cuanto es mudo y selecto en la hora,
en el vasto esplendor matutino,
halla voz en el ave canora,
vibra y suena en el chorro del trino!

Y como un monolito pagano,
un buey gris en un yermo altozano
mira fijo, pasmado y absorto,
la pompa del orto.

***

Y a la puerta del viejo bohío
que oblicuando su ruina en la loma
se recuesta en el árbol sombrío,—
una rústica grácil asoma,
como una paloma.

Infantil por edad y estatura,
sorprende ostentando sazón prematura:
elásticos bultos de tetas opimas;
y a juzgar por la equívoca traza,
no semeja sino una rapaza
que reserva en el seno dos limas!

Blondo y grifo e inculto el cabello,
y los labios turgentes y rojos,
y de tórtola el garbo del cuello,
y el azul del zafiro en los ojos.
Dientes albos, parejos, enanos,
que apagado coral prende y liga,
que recuerdan, en curvas de granos,
el maíz cuando tierno en la espiga.
La nariz es impura, y atesta
una carne sensual e impetuosa;
y en la faz, a rigores expuesta,
la nieve da en ámbar, la púrpura en rosa,
y el júbilo es gracia sin velo
y en cada carrillo produce un hoyuelo.

La payita se llama Sidonia.
Llegó a México en una barriga:
en el vientre de infecta mendiga
que, del fango sacada en Bolonia,
formó parte de cierta colonia
y acabó de miseria y fatiga.

La huérfana ignara y creyente
busca sólo en los cielos el rastro;
y de noche imagina que siente
besos ¡ay! en los hilos de un astro.
¿Qué ilusión es tan dulce y hermosa?
Dios le ha dicho: «*sé plácida y bella;*
y en el duelo que marque una fosa
pon la fe que contemple una estrella»!

¿Quién no cede al consuelo que olvida?
La piedad es un santo remedio;
y después, el ardor de la vida
urge y clama en la pena y el tedio
y al tumulto y al goce convida.
De la zafia el pesar se distrae,—
desplome de polvo y ascenso de nube.
¡Del tizón la ceniza que cae
y el humo que sube!

La madre reposa con sueño de piedra.
La muchacha medra.

Y por siembras y apriscos divaga
con su padre, que duda de serlo;
y el infame la injuria y estraga
y la triste se obstina en quererlo.
Llena está de pasión y de bruma,
tiene ley en un torpe atavismo,
y es al cierzo del mal una pluma....
¡Oh pobreza! ¡Oh incuria! ¡Oh abismo!

***

Vestida con sucios jirones de paño,
descalza y un lirio en la greña,
la pastora gentil y risueña
camina detrás del rebaño.

Radioso y jovial firmamento.
Zarcos fondos, con blancos celajes

como espumas y nieves al viento
esparcidas en copos y encajes.

Y en la excelsa y magnífica fiesta,
y cual mácula errante y funesta,
un vil zopilote resbala,
tendida e inmóvil el ala.

El sol meridiano fulgura,
suspenso en el Toro;
y el paisaje, con varia verdura,
parece artificio de talla y pintura,
según está quieto en el oro.

El fausto del orbe sublime
rutila en urente sosiego;
y un derribo de paz y de fuego
baja y cunde y escuece y oprime.

Ni céfiro blando que aliente, que rase,
que corra, que pase.

Entre dunas aurinas que otean,—
tapetes de grama serpean,
cortados a trechos por brozas hostiles,
que muestran espinas y ocultan reptiles.
Y en hojas y tallos un brillo de aceite
simula un afeite.

La luz torna las aguas espejos;
y en el mar sin arrugas ni ruidos

reverbera con tales reflejos,
que ciega, causando vahidos.

El ambiente sofoca y escalda;
y encendida y sudando, la chica
se despega y sacude la falda,
y así se abanica.

Los guiñapos revuelan en ondas....
La grey pace y trisca y holgándose tarda....
Y al amparo de umbráticas frondas
la palurda se acoge y resguarda.

Y un borrego con gran cornamenta
y pardos mechones de lana mugrienta,
y una oveja con bucles de armiño,—
la mejor en figura y aliño, –
se copulan con ansia que tienta.

La zagala se turba y empina....
Y alocada en la fiebre del celo,
lanza un grito de gusto y anhelo ...
¡Un cambujo patán se avecina!

Y en la excelsa y magnífica fiesta,
y cual mácula errante y funesta,
un vil zopilote resbala,
tendida e inmóvil el ala.

OPALO.

A la vieja necrópolis me arrimo;
y en el tumulto del desborde rimo
la postrera canción,
no conforme a la Lógica y al Arte,
sino según el verso brinca y parte
del mismo corazón!

Así surgida de la oculta vena
el agua pura se levanta y suena
en curva de cristal;
y al extremar la iridiscente ojiva,
toca en tierra y se alarga fugitiva,
caprichosa y triunfal!

¡Cuál voy!—El hombre labra su fortuna,
como el río su cauce; mas la cuna
y el medio siempre son
árbitros ¡ay! para las dos corrientes,
pues que dan a las linfas y a las gentes
impulso y dirección!

Si resulté raudal turbio de cieno
y espumante de cólera en un trueno,
en un fragor de alud,—
la margen verdeció, y un espejismo
puso en mí, como prez, el otro abismo:
el de la excelsitud!

Entro.—Hierbas y nichos y pendientes:
ponto con arrecifes y rompientes!—
Alzo de polvo un lar:
un caracol cuyo tortuoso hueco
reproduce al oído, como un eco,
el murmullo del mar!

Ando en maleza vil donde no hay ruta;
y el temor a una víbora me inmuta,
cuando aventuro el pie.
—Una virtud suprema y exquisita
baja del firmamento y precipita
la zozobra en la fe!

Lleno de la esperanza de la gloria,
y arrostrando la inquina, y en la escoria,
vuelvo al éter la faz,
miro esplender la eternidad del cielo,
y reporto a mis lágrimas consuelo
y a mis enconos paz!

Mi espíritu de bronce con acíbar
se torna cera que desprende almíbar.
D'Annunzio dice bien:
la sazón lleva plácido atributo,
y dulcifica el alma, como el fruto,
aunque mina el sostén!

Con los jaspes del ónix mexicano,
la tarde brilla en el inmenso vano,
en la veste de Ormuz;—

y el pobre y aflictivo cementerio
refleja en su abandono y su misterio
la policroma luz!

Un adiós, hecho turba de colores,
como el de triste madre suelto en flores
a muerto chiquitín,
radia en el dombo, que prepara luto
y luminaria, por el Sol hirsuto
que cayó en el confín!

Al rincón venerable llego al cabo.
Hurgo la herida con el propio clavo,
memoro trance cruel;
y ante un espectro gemebundo y bronco,
reclino intenso afán en firme tronco
de cercano laurel!

Trepadora vivaz orna la tumba,
que al estrago del tiempo se derrumba,
exenta de inscripción;
y en la cruz una ráfaga menea
follaje que parece que chorrea
lastimero festón!

Laúd solemne, sensitivo y pulcro,
enmudeció a la orilla del sepulcro
que atesta olvido tal.....
A ti mi libro fiel ¡oh poesía,
honrada solamente por la mía
y la de un vegetal!

Y a vos, dama gentil, soberbia y dura,
que guardáis en desdén y en hermosura
un cadáver de amor!
Planto y riego distinta enredadera
para que gane cumbre más severa,
ídolo superior!

ÚLTIMOS POEMAS.

A UN PESCADOR.

En buen esquife tu afán madruga:
el firmamento luce arrebol;
grata la linfa no tiene arruga;
la blanca vela roba en su fuga
visos dorados al nuevo sol.

Pero prorrumpes en canturía
que inculta y pobre mueve a llorar:
oigo la ingenua melancolía
del que inseguro del pan del día
surca y arrostra pérfido mar!

Tímida y mustia por los recelos
tu mujercita dirá:—«Señor,
une las aguas, limpia los cielos:
cuida y conduce, por los chicuelos,
la navecilla del pescador!»

ADOPCIÓN.

Acojo al recién nacido,
al polluelo cuyo nido
se perdió en la tempestad.

No vacilo irresoluto;
y el pobre huerfano es fruto
de dulce perversidad.

En el humus, que prodiga
fuerte savia, la boñiga
estuvo en fermentación.
No temo por el infante,
porque miro en el diamante
el progreso del carbón.

¡Cuán obscuro el atavismo!
Hay quien cobra del abismo
piedad, ingenio, salud.
En la cópula el pecado,
como el fimo en el sembrado,
pone a veces gran virtud!

Antes y después y ahora,
suerte insegura y traidora,
y hermano de Abel Caín:
prole que gallarda y fea
traza curva que serpea
del demonio al serafín!

Montes y valles en fuga....
Un piélago que se arruga
al soplo del huracán,
y que tímido y aleve
hace con índigo y nieve
cumbres y fosos que van!

Leyenda pueril o estulta
la raza que no resulta
varia en seso y corazón,
y que libre, no resbala
prócer, húmil, buena y mala,
camino del panteón!

El río labra su lecho;
y torcido y no derecho
asocia, en curso de azar,
detritus, piedras, hervores,
tersuras, brillos y flores;
y rueda con todo al mar!

EN FUGA.

Arrostrando la ventisca,
la noche obscura y arisca,
huellas campo de labor,
y andas en brega por gusto,
menos contrita de susto
que temeraria de amor.

Y oblícua en tenaz esfuerzo
contra el impulso del cierzo
y en dos alas el pendil,
mientes enorme lechuza
que razando el suelo cruza
soledad negra y hostil.

Recóndita magia puebla
de fantasmas la tiniebla;
y por hórrida virtud,
el objeto más tranquilo
asume torvo sigilo
y formidable actitud.

Grave protesta palpita.
Solemnidad infinita
parece bajar de Dios.
Vuelves a un ruido la cara,
y ver una forma rara
que viene y amaga en pos.

Y haces la cruz y con signo
tan milagroso y benigno
resguardas culpa soez;
y al punto doblas tu audacia,
y a percudir otra gracia
das voz a tu avilantez.

Mascullas la letanía
como una bestia cabría
muerde inseguro rosal;
y en el rigor de un misterio
caminas al adulterio
prendida en lumbre carnal!

Empero recapacito.
La piedad en el delito
augura la redención:

es duelo, rubor, espanto,
y con el flujo del llanto
purga y limpia el corazón.

¿Y qué mucho que a las preces
recurras, cuando padeces
pavura en tu frenesí?
El barco perdido asoma
un mástil, una maroma.....
y el nauta se sube allí!

DE "TRIUNFOS."

Venus refulge plácida y sola,
y un sueño pío decora el mal.
Así la bruna y errátil ola
súbitamente se tornasola,
viniendo al brillo de algún fanal.

Hosco el recuerdo que no conjuro,
que como en llama prende raíz!
Tal en la roña del viejo muro
la hiedra clava, con brote duro,
el postrimero y agrio tapíz.

Dios dijo al astro: «Revela un poro,
un intersticio de mi capuz;
muestra un diamante de mi tesoro;
y en la pupila turbia del lloro
hinca una flecha de doble luz.»

Fiero el albatros obre cual hizo,
guste procelas como antes yo,
y en ellas triunfe gozando hechizo,
y surto al aire parezca un rizo
que de la espuma del mar saltó!

Freno seguro mi arrojo tasca,
y arrumbo estoque, lanza y arnés.
Toda una vida, que fué borrasca,
fenece y cruje con la hojarasca
que oprimo y rompo bajo los pies!

A nobles luchas nada me incita;
conculco y mancho laurel de pro:
el bardo sufre tremenda cuita,
echando menos la tortolita
que al aura obscura se le voló!

Gélido el río reposa y calla,
y no se funde para su bien.
Aspiro el soplo de la batalla,
y a veces vibro y el ocio estalla.....
y aquí la burla y allá el desdén!

Sauce de fosa mudo y tranquilo
que, por impulsos del vendaval,
vuelva el agobio, frustra el sigilo,
plaga de acentos el sordo asilo,
besa con tumbos el polvo igual!

Hoyo impasible que un labio sella,
y remembranza que incluye horror....
Y el alma busca distinta huella
en el puntito de cada estrella
mística y dulce para el dolor!

DENTRO DE UNA ESMERALDA.

Junto al plátano sueltas, en congoja
de doncella insegura, el broche al sayo.
La fuente rie, y en el borde gayo
atisbo el tumbo de la veste floja.

Y allá, por cima de tus crenchas, hoja
que de vidrio parece al sol de mayo,
torna verde la luz del vivo rayo,
y en una gema colosal te aloja.

Recatos en la virgen son escudos;
y echas en tus encantos, por desnudos
cauto y rico llover de resplandores.

Despeñas rizos desatando nudos:
y melena sin par cubre primores,
y acaricia con puntas pies cual flores.

PAISAJE.

. . . . . et la lune apparut sanglante,
et dans les cieux, de deuil envelopée
je regardai rouler cette tête couppée.
Victor Hugo.—Les Chatiments.

Viejas encinas clavan
visibles garras
en la riscosa escarpa
de la montaña:
parecen vastas
y desprendidas patas
de inmensas águilas.

Sueño que sobre rasa
mole, tamañas
falcónidas pugnaban
por arrancarla
y al batir alas
perdieron las hincadas
piernas con zarpas.

Un arroyuelo baja
deshecho en plata:
resulta filigrana
que corre y pasa,
que gime y canta,

que semeja que arrastra
risas y lágrimas.

En planicie lejana
gramosa y glauca,
reses vacunas pastan
y a trechos braman,
diseminadas
por la gula y enanas
por la distancia.

El crepúsculo acaba,
y el cielo guarda
matíz como de gama
de luz en nácar.
La luna salta,
como sangrienta y calva
cabeza humana!

A través de las ramas
sube con pausa:
su expresión es bellaca,
burlona y sabia.
Oh! qué sarcástica
la roja, la macabra
testa cortada!

Al cinto la canana
y al hombro el arma,
cruzo con poca maña
maleza brava,

que me señala
encuentros, con uñadas
en las polainas.

La sombra se dilata
parduzca y áurea,
con transparencias de ágata
sutil y extraña:
asume trazas
de humareda que apaga
tintas de llamas.

El ábrego, con ráfaga
fina y helada,
sopla, y una fragancia
mística y agria
cunde; y en marcha
sigo, con tumefacta
y urgida planta.

Murmullo de plegarias
confusas vaga,
y una tristeza trágica
me llena el alma.
Oh! qué sarcástica
la roja, la macabra
testa cortada!

ASPECTO.

Luna clara resplandece.
Cándido y mustio su brillo
pule al naranjo las hojas,
entra por los intersticios,
y tan roto se derrumba,
que al polvo llega en añicos,
en trozos desparramados,
que resultan convulsivos
si un soplo de aura menea
las frondas del árbol mismo.

E insensata pena sufro:
los fragmentos de albor místico
se me antojan el estrago
de fúlgido ensueño mío,
que se fué abajo, y quebróse
por caer de un alto espíritu!
Así en redor del arranque
del tronco, el suelo está pinto
de nácar y sepia, como
la piel de un jaguar mirífico!

ODA MÍNIMA.

Un quídam sube hacia crestón celeste;
y del rútilo sol, que ya declina,
sesga el aspa de luz encarnadina
me sonrosa la veste.

A posar en altura el necio corre.
¿Qué mucho? La cigüeña sin empacho
corona de risible mamarracho
la punta de la torre!

Sirvo a deidad que avilantez inmuta
que sólo a genio y a virtud convida
al esplendor de mejorar la vida
y embellecer la ruta.

Prendas hay en mi espíritu y lo exploro;
y de buzo trabajo por cojerlas:
y logro al fin desentrañar las perlas,
y las engarzo en oro.

Írgome luego con encanto justo,
y arrojo grito en que mi fe se parte:
primero Jove, y en seguida el Arte,
flor del Sentir y el Gusto!

EL INGENIOSO HIDALGO.

Después de leer el bello libro de Francisco Navarro Ledesma.

El manco en un rincón gime y ayuna;
y, digno de pisar bicorne luna,
encórvase a escribir en hambre y duelo.
Y su historia proclama duro al cielo,
e incapaz de rubor a la Fortuna.
Pero doy con fantasma
que me deslumbra y pasma.

En rocín, que presumo que no piensa,
un loco se apercibe a la defensa.
Y triste la figura se renombra;
y oblicuo el rayo la proyecta en sombra
vindicativa, inacabable, inmensa!
¡Oh hundido sol! tus lumbres
quedan fijas en cumbres.

A cimas eminentes que recamas,
descubro tintes a través de ramas
de vívido laurel; gualdas y rojos,
penétranme, sorbidos por los ojos,
y al numen llevan su matiz de llamas!
Quien por justicia lucha
demanda encierro y ducha.

¡Ay del que a malandrines y follones
embiste con aceros o baldones,
y demuestra virtud y obra jactancia!
¡Un Quijote no inspira tolerancia
sino exclusivamente a los leones!
Y al insano saludo,
pues que soylo a menudo.

Así, calzado de coturno griego,
rebusco gloria conculcando fuego!
Si hermosura y prestigio alientan alma,
se brindan a ocasión de riesgo y palma,
y exhiben el trasunto del Manchego!
Ahora el bardo habita
heredad como ermita.

Y el tránsito del tiempo me consume
entre mirra floral y tiorba insume.
Y en predio propio versifico y planto:
que reputo divino el son del canto
y precioso el silencio del perfume.
No creáis que amortiguo
el ardimiento antiguo.

Siempre que prócer o tumulto amaga
resiento injuria en escozor de llaga:
tórnome paladín, y alzo en palestra
lírico gusto, como armada diestra,
rútilo grito, como fiera daga!
Y luego, como en nube,
reveo a un querube....

El lloro en la pestaña se le irisa:
gotuela pudibunda e indecisa,
trémula y sin rodar, última y sola;
y un estremecimiento de corola
trunca en su labio la postrer sonrisa!
Válida y noble musa,
no ya sigas reclusa!

Linfa desborde y en raudal se vierta!
No por suburbio de escondida huerta,
y muy abajo en el profundo pozo,
agua que del azul refleja un trozo
pudra su vidrio de mirada muerta!
Onda, sal a llanura
y brilla émula y pura!

Levanta, campeón! Ve peregrino
y próvido a los lances del camino;
mas no barruntes, por febril y entero,
gigantes en las odres del ventero,
colosos en las aspas del molino!
Grieta como de tumba
silba, y el aura zumba. . . .

Apártate, neblí, que un cóndor vuela!
Punta de mofa pasa mi rodela;
y no dirá que de soberbia chusco
parangono Himalaya con pedrusco
y comparo con Sirio lentejuela!

A UN PROFETA.

Santa la poesía
que a los parías anuncia el nuevo día
y es tan consoladora!
A tu ensueño de bardo el sol ya sube:
el astro por vecino enciende aurora,
y desde abajo del confín colora
de topacio la nube.

Mas encorvas el pecho
y abates la cerviz. Nunca derecho
en surco el labrador que siembra el grano!
Creyérase que inclinas los tributos,
parecido al banano,
que dobla la cabeza con los frutos
y muere por servirlos a la mano!

Al ciego y al insano
brindas luz y razón, y al hombre a veces
multiplicas los panes y los peces.
¡Y lloras amargura!
¡E imprecas y te corres!
¡Y elevas los dos brazos, en figura
de templo que sublima un par de torres!

Y estímulos de pena
fecundan más la vena:

ondas acuden a la sed que abrasa;
tienen un surtidor en cada herida;
y no al flujo de vida
fierezas ponen con injurias tasa:
el río bulle y se desborda y pasa!

Virtud o vicio el estro
saca del corazón dulce o siniestro,
e induce al himno deleitable o torvo.
Brisa cambiante que del medio asume
el hálito en el sorbo!
De mecer un jardín toma el perfume
y de rasar un lodacero el morbo.

¿Laureles? No de iluso los demandes:
ascensiones comienzan por caídas
para las desmedidas
envergaduras y los pesos grandes.

Así de cresta de tajada loma
el buitre de los Andes
brinca, y por un momento se desploma!

Buena lid, si al cabo
en el broquel del bravo
la gloria brilla hirsuta de saetas;
y propicio el volcán del horizonte,
si nevadas y grietas,
para linfas y vetas,
dañan la cumbre y el estribo al monte!

Pero no de la ira,
traigas a la canción chispa que prenda
en la turba tremenda
furor que acuse de maldad la lira.
No al árbol de la senda,
no a la encina sagrada el trueno enrosque
llama que cunda por el viento al bosque!

En obscura contienda
la bronca Rebeldía
pugna con la implacable Tiranía.
Oh! que tu alma en su prez, hijo de Apolo,
se ostente al mundo cual antorcha pía;
y en la batalla de la fe y el dolo,
arda y no queme, sino alumbre sólo!

AL BUEN CURA,

Hidalgo! no por ducho
excito el estro; que a tu noble hazaña
adeudo un himno; y en el habla lucho
por hacerlo con maña;
y concierto mi voz, que ni con mucho
parece digna de ocasión tamaña!

Y el río bulle por la glauca vega,
tímido, si cargado de coronas.....

A menudo con ira ronca y ciega
el Atlántico brega
y ruge al recibir el Amazonas!

Místico y tributario,
vengo a tu insigne majestad que asusta,
a rendir, cual aroma, prez combusta
en el oro de un fuego de incensario!

Hay crisis en que un hombre,
ávido de justicia y de renombre,
sirve a trocar la suerte;
y entonces riñe a muerte
combate de querube con vestiglo;
y hoy una libertad, hija de un fuerte,
consagra un esplendor que cumple un siglo!

Dios a veces agrava
tribulación que abruma
y que, tremenda por piadosa y brava,
eleva inquina como el mar espuma,
el monte hielo y el abismo lava!

Belígeras historias,
que leíste por útiles memorias,
junto a moreras o arrimado a vides,
tuvieron en tus pugnas rica parte;
¡iban como sirenas a cantarte
laureles de famosos adalides!

Pasión de fe se muda
en brío y arma como encuentre ayuda.
Bien que de linda rosa,
que ríe apenas en hirsuta rama,
la esencia de por sí cunda olorosa,
mas lumbre que reposa
mustia o discreta en el tizón, reclama
soplos a urgir y a promover la llama!

Y sacerdocio te avivaba empeño:
que cálices y píxides y cruces
pedían en las aras a tu ensueño
cuchillas y cañones y arcabuces!

A poco estabas listo,
cual guerrero de Cristo,
al sangriento y precioso apostolado;
y en la noche oportuna
traías en la veste como untado
el brillo de la gloria y de la luna!

¡Goza palmas! No sierpe de diatriba
se te atreva y enrosque!
No un ave fugitiva
arrojó por acaso, desde arriba,
grano deyecto que produjo el bosque!

Revuélvome al pasado
y miro y oigo a un hado
en horrísono tumbo de centella;

y respondo entusiasta y engreído
a fulgor y estampido:
oh tempestad propiciatoria y bella!

Ah! pero no en irreflexiva furia
reverdezcáis antigua y seca injuria
en contra del hermano,
que de virtud rebosa:
no intentéis percudir, como a tirano,
al espíritu hispano,
que siempre será cosa
firme y enhiesta, principal y hermosa.

¿Mueras? A la desidia!
La república envidia,
como larva en capullo
el ámbito del vuelo y del orgullo....
Y los patriotas en los negros tramos
urdimos, trabajamos!

Prócer! fausta crudeza
cual de verdugo amigo,
te puso por cabeza
de nación que con dúplice testigo,
su fértil orden, su inicial grandeza,
acredita de sabia tu proeza!

Tinta de ala de aurora
prende carmín cual de sonrojo en nube
cárdena y turbadora.....

Esperemos en paz el sol que sube,
y alondras trinen por la nueva gracia,
en la dulce clemencia de la hora....
¡Salve a Nuestra Señora
la Virgen Democracia,
que al ceño, a la inquietud y á la fatiga
llega en el resplandor de una cuadriga!

16 de Septiembree d 1910.

INDICE.

Págs.

Silueta III
Blasones XX

PRIMERA EPOCA.

¡Ave María! 1
Date Lilia 2
A Eva 4
A Margarita 6
Mudanza 8
Ojos verdes 9
Consonancias 11
Copo de nieve 12
En un álbum 12
A Berta 13
A M..... 14
En un álbum 14
A Piedad 15
A Gloria 16
Versos de un clérigo 18
Cleopatra 25
¿Qué es poesía? 27
Requiescat in pace 28
Rimas 31
Preludios 32
El arroyo 36
Toque 39
Umbra 40
Ritmos 43

Págs.

Estancias 44
El desertor 46
Asonancias. 47
Los parias 48
Asonancias 50
Napoleón 52
La nube 53
Justicia 53
Al Czar de las Rusias 54
A los héroes sin nombre 55
A las puertas 56
Boedromion 58
Dones fatídicos 60
La conmemoración 62
Preliminar de «Melancolías y cóleras» 63
Redemptio 64
A Byron 65
Voces interiores 68
Victor Hugo 71
Sursum 77

DE «LASCAS»

A mis versos 85
Ecce Homo 85
A una araucaria 88
A un jornalero 89
Engarce 90
Pepilla 91
Gris de perla 93
El predestinado 93
Ejemplo 95
Excelsior 95
La oración del preso 97

Págs.

La canción del paje 98
Canción medioeval 99
Música de Schubert 99
Música fúnebre 100
Vigilia y sueño 101
Nox 102
Dea 105
Claudia 111
Avernus 117
Cintas de sol 120
Beatus ille..... 122
¡Audacia! 124
A tí 125
A ella 125
Duelo 126
El fantasma 128
Pinceladas 129
Idilio 131
Opalo 138

ULTIMOS POEMAS.

A un pescador 145
Adopción 145
En fuga 147
De «Triunfos» 149
Dentro de una esmeralda 151
Paisaje 152
Aspecto 155
Oda mínima 156
El ingenioso Hidalgo 157
A un profeta 160
Al buen cura 162

412191

LS
D5427p

Diaz Miron, Salvador
Poemas.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET